

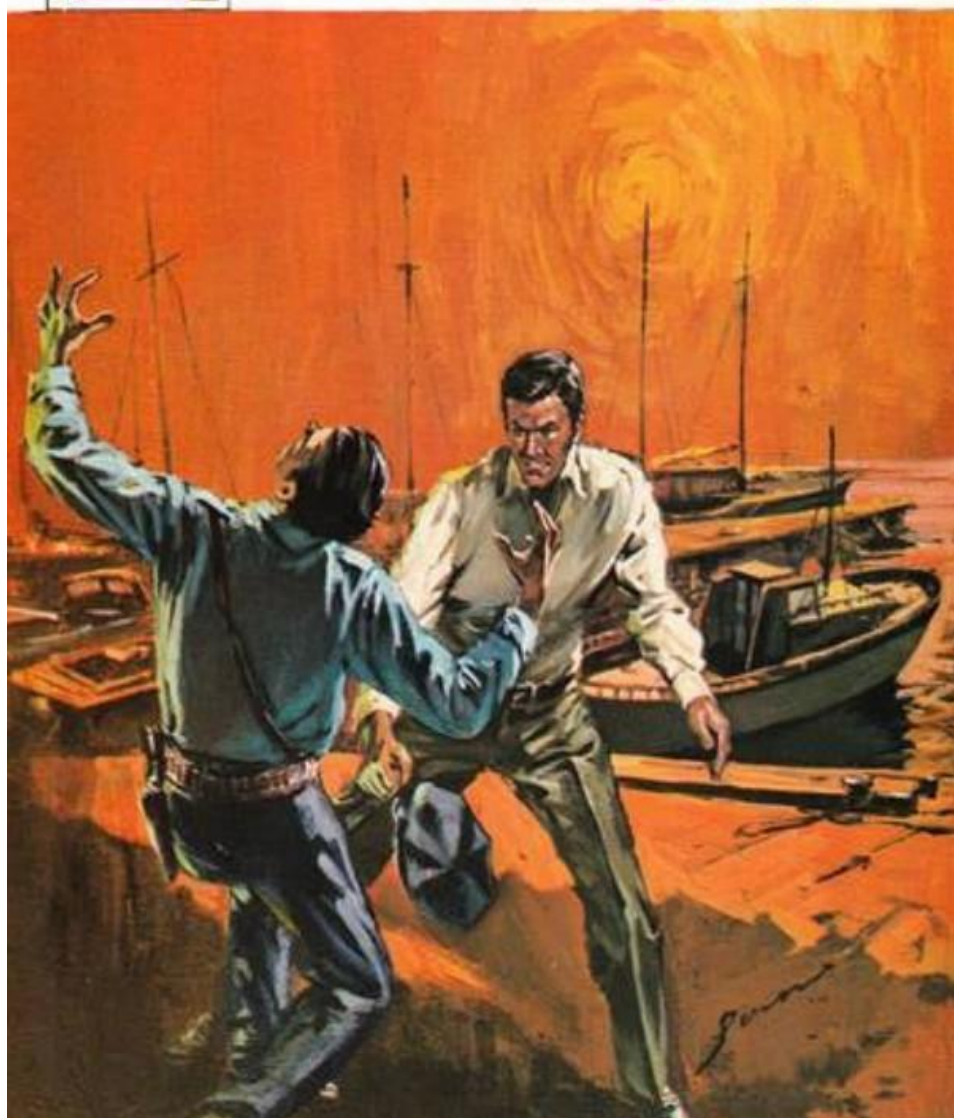
BOLSALIBROS BRUGUETRA



SERVICIO SECRETO

he matado a alguien

curtis garland





SS

SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

HE MATADO A ALGUIEN

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.116

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 40.582 – 1971
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: diciembre, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971
sobre la parte literaria

© GIRONA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

T
los
perso
y
entid
priva
que
apare
en
esta
nove
así
como
las
situa
de
la
mism
son
fruto
exclu
de
la
imag
del
autor
por
lo
que
cualc
seme
con

perso
entid
o
hech
pasac
o
actua
será
simp
coinc

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.104. — Oriente Medio

En Colección PUNTO ROJO:

499. — ¿Quién era «Cat»?

PRINCIPIO... ¿O FINAL?

NO sé lo que es. Aún no lo sé.

¿Principio? ¿Final? Solo Dios lo sabe.

Yo, al menos, no puedo saberlo. Estoy ante el final. Y estoy al principio mismo de todo. Es como si la vida y el destino fuesen un círculo. Algo sin principio ni final, una curva que no empieza en ninguna parte, y que en ninguna termina...

Un círculo vicioso y terrible que me rodea, que me envuelve y aprisiona. Que me asfixia. Que termina conmigo...

Estoy ahora aquí. En mi punto supremo. En el punto límite. En el principio. O en el fin. Principio o fin, ¿qué importa? Nada importa. Nada cuenta ya. Ni siquiera yo. Yo, Slim Hackett.

Yo, Slim Hackett, un asesino...

Yo, que maté a alguien.

* * *

Ocurrió el día de mi boda.

Era agosto. Aquel caluroso y terrible agosto de San Francisco, que nos había llevado a todos al borde mismo de la deshidratación.

Naturalmente, uno buscaba hidratarse algo más en otros líquidos que no fuesen agua; yo, personalmente, elegía el whisky. Y los había que pensaban igual.

Lee Bannister era uno de ellos. Nos encontramos en el bar.

—Hola, Slim —me saludó.

—Hola —respondí yo, tomando la botella de buen *scotch* de reserva especial, con más de veinte años de vejez. La edad ideal para las mujeres y el whisky—. Esto parece un horno, a pesar del aire climatizado, Lee.

—Lo mismo digo —resopló Bannister. Miró al exterior y

pestañeó, deslumbrados por el crudo sol de la tarde sus claros ojos azules—. Cielos, cuando uno asoma la nariz allá afuera, es como verse metido en el Valle de la Muerte.

—Toma un *scotch* con hielo —sugerí, riendo—. Es un remedio como otro cualquiera.

—No, gracias —se apresuró a rechazar—. Prefiero un buen *bourbon* del 1955. Y sin hielo ni soda.

Era un medio como otro cualquiera de calmar la sed solo por un instante. Luego, el alcohol elevaría la temperatura de Lee Bannister. Pero ese era su problema, no el mío.

—Espero que todo esto no se prolongue demasiado —comenté—. Estoy deseando iniciar el viaje hacia el sur de California.

—Eso ya es otra cosa —suspiró Bannister—. Long Beach, San Diego, las islas... Dios, eso es respirar aire puro, brisa de mar... y lejos de esta celda de cemento y asfalto que es San Francisco, Slim. Te deseo un buen viaje de novios.

—Gracias. Solo faltan unos pocos detalles —sonreí—. La novia, el reverendo... y la boda, claro.

—Eso, sobre todo —rió Bannister, apurándose de un trago su whisky de Kentucky—. Te felicito, Slim. Beverly es una gran chica. Y muy bonita.

—Sí, muy bonita —asentí pensativo. Evoqué a Beverly Crenna, la futura señora Hackett. Muy bonita; Lee Bannister tenía razón. La más bonita muchacha que yo podía recordar. Y había conocido a muchas. Mi trabajo lo exigía. Además, siempre fui un tipo de suerte en algo: nunca les caí mal a las chicas bonitas.

Bannister se estaba sirviendo whisky otra vez. Otros invitados se servían canapés y cóctel de champaña. Especialmente las damas.

Yo apuré mi *scotch on the rocks*, y dejé el vaso vacío, dirigiéndome de nuevo a la amplia sala donde se hallaban la mayoría de los asistentes. Entre ellos, Sidney. El viejo y recio Sidney Crenna. Un hombre de negocios. Un *tycoon* tradicional del *business world* de Nueva York. Además de todo eso, el padre de Beverly.

—Eh, muchacho —me detuvo su recia manaza, cuando iba camino de un rincón tranquilo, donde buscar algo de alivio al fuerte calor reinante, que la climatización artificial no podía

combatir a la perfección, quizá debido al exceso de personas presentes en la recepción—. Espero que no vayas a largarte disimuladamente, justo antes de la boda, dejando a mi hija plantada al pie del altar, como vulgarmente se dice.

Una risotada suya subrayó su broma. Sidney era así, y así había que tomarle. Bromeaba hasta con su hija y su boda, pese a lo mucho que la quería. Yo sonreí, meneando negativamente la cabeza.

—Confieso que tengo mala suerte —susurré—. Ya tenía el coche preparado, todo a punto para escapar... cuando usted me ha sorprendido. Otra vez, haré las cosas con más cautela.

—No habrá «otra vez», hijo —refunfuñó, arrugando el ceño. Y se inclinó hacia mí, añadiendo confidencial—: No hay quien escape de una hija de Susan Crenna, como yo tampoco escapé jamás de ella, muchacho. Te hablo por experiencia.

Reí de buena gana. Sidney hubiera convencido a cualquiera de que hablaba en serio. A cualquiera, menos a mí, que sabía muy bien lo enamorado que estaba de su mujer.

—Dicen que en Brasil aceptan incluso a los maridos evadidos del hogar —le dije, guiñando un ojo—. Con eso de la ausencia de extradición, uno siempre sale ganando algo, Sidney. ¿Nos veremos allá cuando me harte de Beverly?

—Hecho, hijo —me estrechó la mano, como un fiel cómplice en una granujada—. En Río, dentro de un mes. No creo que soportes más a mi hija, si es que se parece a su madre tanto como yo imagino...

Reímos los dos de buena gana. Fuimos a la larga mesa de canapés y cóctel de champaña. Sidney me ofreció de todo, pero lo rechacé. No me apetecía nada de ello.

En ese momento, capté el revuelo a mis espaldas. Me volví. Un cerco de invitados rodeaban a algo o alguien, en otro extremo de la sala. Sidney Crenna meneó la cabeza con energía.

—No hagas caso, muchacho —dijo—. Es un farsante. Uno de esos tipos que aseguran que conocen el pasado, el presente y el futuro. Un adivino. Un nigromante y no sé cuántas cosas más. Pero a la gente le divierten esas cosas.

—No estaría mal conocer mi futuro, ahora que voy a cambiar de vida —dije, riendo—. Veamos ese adivino. ¿Quién es?

—Un invitado. Se llama Drury Prentiss.

—¿Drury Prentiss? Me suena el nombre...

—Lo habrás visto en las carteleras de Broadway. Y en la televisión. Exhibe en el teatro sus habilidades. Dicen que es bueno. Que lo adivina todo, pero yo no lo creo, Slim.

—Vale la pena probarlo —dije, sonriendo.

Me abrí paso entre los presentes. Una dama de elevada estatura, mediana edad, cabello gris plata, se estaba dejando leer en la palma de la mano. Miré a Prentiss.

Era un impresionante tipo. Me recordó un busto de Beethoven. Pero el genio del gran músico alemán, estaba sustituido en aquel leonino rostro, de agresivas facciones, ojos grandes y ardientes, melenas erizadas y expresión inmutable, por una malignidad sutil, casi esotérica.

En aquel momento, Drury Prentiss entornaba sus ojos profundos, luminosos, como evocando algo que estaba más allá de lo visible, en un mundo interior que solo él podía descubrir, aunque sin soltar la mano de la dama, abierto entre las suyas, grandes y macizas, pero a la vez sorprendentemente suaves y delicadas.

—Señora, veo su pasado nítidamente —dijo roncamente—. Un pasado donde un gran lago gris forma el centro de todo... Un lago de aguas revueltas... Hay nubes encima. Nubes oscuras, tormentosas... Nubes que tiñen de color de plomo las aguas del lago... Y en el lago... ¡Oh, Dios, no! En ese lago... un niño grita, se hunde... Un hombre trata de salvarle... Se estira su mano, aferra al niño... Se hunden los dos... Se sumergen en las aguas... Estas se cierran sobre ellos... No reaparecen...

Abrió los ojos de par en par. Estaba pálido, sudoroso, como sometido a una terrible tensión interna. La dama exhaló un gemido. Soltó sus manos, se retiró, a punto de desvanecerse. Alguien la tomó en sus brazos, llevándola lejos del adivino.

Este se enjugó el sudor con un gran pañuelo de seda. Miró a todos. Todos le miraban también a él.

—Lo siento —jadeó—. Lo siento mucho. No esperaba ver algo así...

—Usted vio la realidad —dijo, a mi lado, sobrecogido, Sidney Crenna, mi futuro suegro—. La señora Garrett perdió a su marido y

a su hijo en Europa, en el lago Constanza... un día de temporal.

Se hizo un silencio desagradable en la sala. El calor pareció romper todos los muros artificiosos de la climatización y envolvernos en un sudario de pegajoso bochorno.

—Eso pudo saberlo él ya —dije con brusquedad. Me adelanté unos pasos y puse ante Drury Prentiss mi propia mano—. ¿Por qué no lee mi pasado o mi porvenir, señor?

El adivino me contempló, pensativo. Luego, enarcó sus cejas hirsutas. El parecido con Beethoven fue mayor que nunca. Pero lo que en el músico era ímpetu, en él era frialdad y agudeza.

Bajó los ojos hacia mi mano. Se encogió de hombros, tomándola con suavidad.

—Si usted quiere... —dijo entre dientes—. He sido invitado para divertirles. No veo inconveniente en cumplir mi tarea en esta fiesta social, de gentes que no pertenecen a mi propio mundo, señor...

Esperaba que dijese mi nombre. No lo hice. Repliqué, seco:

—Si su profesión es la de adivino, adivine eso también.

—El nombre forma parte del destino de uno —sentenció, seco, hostil casi. Me desafió ostensiblemente, con sus ojos febriles y extraños, que parecían herirle a uno—. En su mano existe un raro cruce, justo en el presente. Un momento crucial, un trance decisivo. Es como si fuera a casarse hoy, señor.

Sonreí irónico.

—Alguien se lo dijo. Acertó. Soy Slim Hackett. Y voy a casarme hoy. Con Beverly Crenna. Por eso está usted aquí ahora. Invitado a mi propia boda, Prentiss.

—No esté tan seguro —dijo el adivino, fija su vista en mi mano. Me miró, enarcando sus velludas cejas casi en un rictus diabólico—. Usted no se casará hoy, señor....

—Eso tiene gracia —reí, mirando a Sidney Crenna—. Invitaron a un buen adivino. Él descubrió mi proyectada fuga, antes de la boda.

Hubo una carcajada general, que relajó la tensión provocada por el incidente con la señora Garrett. Pero si alguien no sonrió siquiera, fue el quiromante. Sin separar sus ojos de mi mano extendida, comentó ahora glacialmente:

—Usted no va a casarse, señor Hackett... Ese es su presente. En cuanto a su futuro, veo en él sangre, terror, angustia, miedo...

—Cielos, qué terribles presagios —dije, burlón—. ¿No ve nada más, que levante algo mi quebrantada moral?

—No, señor Hackett —rechazó él—. No veo nada de eso. No veo más que sangre... y muerte en su futuro. En cuanto a su pasado...

Se quedó rígido. Tembló. Levantó los ojos vidriados hacia mí. Casi reculé, sorprendido y sobresaltado. Era como si algo espantoso e indescriptible hubiera surgido en mi mano ante sus ojos privilegiados, de vidente.

Sidney Crenna masculló algo entre dientes. Me tomó por un brazo.

—Vamos ya, Slim —me invitó—. Es mejor dejar esta broma. Cuando se pone pesada, deja de tener gracia...

—No —corté—. Espere, Sidney, quiero saber lo que tanto impresionó al señor Prentiss. Dígame, por favor, ¿qué ha visto en mi mano? ¿Cuál es mi pasado, según usted?

Me miró. Extraña, heladamente. Con gesto trémulo. Estaba pálido. O era un actor notable... o estaba en verdad aterrorizado.

—No me gustaría hacerlo —musitó, sacudiendo la leonina cabeza casi teutónica.

—¡Hágalo! —le exigí.

Él me miró. Miró luego tras de mí, a algo o alguien. Oí levemente el roce de unas pisadas por el *parquet* de la sala, pero no me volví ni hice caso. La obstinada prudencia del nigromante me había excitado, casi como el famoso personaje de Oscar Wilde, el desdichado lord Arturo Saville, cuya situación evoqué, inevitablemente.

—Bien... —respiró hondo, luego inclinó la cabeza. No me miró para hablar. Pero le oí. Oí perfectamente su voz. La oyeron todos en la sala—: Usted... usted ha matado a alguien, señor Hackett.

Se hizo un silencio profundo. Me quedé perplejo. No supe si reír o pegarle un puñetazo. Pero no hice ninguna de las dos cosas. Me limité a manifestar acremente:

—Absurdo. Todo eso es absurdo.

A mi lado, Sidney Crenna soltó una risotada brusca y rotunda, que relajó mis nervios y rompió un poco la tensión. Me sacudió con

energía.

—¡Vamos, vamos, Slim! —habló, entre carcajadas—. ¡Es lo más divertido que nunca oí! ¿Has escuchado esta sarta de tonterías, querida? Tu futuro esposo no va a casarse hoy contigo, su futuro está lleno de sangre y de terrores... y, además, ha matado a alguien. ¡Slim Hackett mató a alguien! ¿Oyeron alguna vez algo más gracioso?

Hubo risas crecientes. Me volví, olvidando al nigromante. Beverly estaba allí, tras de mí. Los pasos habían sido de ella. Estaba delante de mí ahora. Me sonreía, entre dulce, sorprendida y algo indecisa. Pero, ciertamente, nada impresionada por tan lúgubre presagio.

—Slim, cariño —musitó—. Si tú no vas a abandonarme antes de la boda, veo difícil que nada de eso se cumpla... Yo estoy aquí, ¿verdad?

Asentí. Empecé a ver ridículo todo aquello. Miré de soslayo al adivino. Estaba demudado, se enjugaba el rostro con su gran pañuelo, que llevaba una letra «P» bordada en oro. Como si realmente hubiera hecho un terrible esfuerzo para ver mi presente, mi futuro... y mi pasado. Un pasado con un asesinato. Un futuro de sangre y de muerte. Un presente sin boda...

—Absurdo —convine, coincidiendo con mi futuro suegro—. Nada de eso tiene sentido. Beverly, olvidemos todo esto. Creo que es lo mejor para todos... Incluso para ese farsante llamado Drury Prentiss...

Nos apartamos. Beverly tomó mi mano y yo la de ella. Nos dirigimos a otro punto de la sala, mirándonos fijamente. Me contemplé en los verdes espejos de sus ojos. El sol ardiente de California, a través de los ventanales, hizo nimbos de oro en su cabello. Me sonrió.

—Slim, no debes preocuparte demasiado —murmuró, oprimiendo mi mano—. La gente como ese Prentiss pueden alegrar una reunión... o hundirla. ¿De quién fue la idea de invitar a ese hombre?

—No sé —me sorprendí—. Creí que era cosa tuya o de tu padre...

—No lo creo —rechazó, moviendo la cabeza suavemente, de un lado a otro—. Yo no conozco a Drury Prentiss más que por un

programa de televisión. Y no me gusta su aspecto. Papá tampoco imagino que lo invitase a la boda.

—Dijo... dijo cosas extrañas y sorprendentes, Beverly —evoqué, arrugando el ceño—. Que no me casaría hoy contigo...

—Y vas a casarte.

—Sí, claro. También dijo... que mi futuro estaba lleno de sangre, sudor y muerte...

—Eso no tiene sentido.

—Y que yo... yo había matado a alguien.

—¿Lo hiciste?

—¿Qué? —la miré con sobresalto.

—Matar a alguien —sonrió Beverly.

—Cielos, claro que no —reí—. ¿Me imaginas convertido en... en un asesino?

—Es lo último que supondría de ti —Beverly besó mi mejilla, jovialmente—. Ven, vamos a buscar al reverendo. Creo que era su coche el que entraba en el garaje hace unos minutos, cuando yo iba a reunirme contigo...

—Debiste esperar —sonreí—. Dicen que trae mala suerte ver a la novia antes de la boda.

—Bah, tonterías —rechazó ella—. La nuestra no es una boda tradicional. Ni vestido blanco, ni ceremonias ostentosas... A nuestro modo, Slim. Tú y yo somos diferentes de mucha gente. A casi todo el mundo. Hacemos las cosas conforme a nuestra manera de ser.

—Me hubiera gustado que no sucediera esto del adivino... —sacudí la cabeza—. No soy impresionable, tú lo sabes. Pero, anteriormente, adivinó algo, del pasado de la señora Garrett...

—Oh, la señora Garrett —Beverly hizo un gesto elocuente—. Todo el mundo sabe lo que le sucedió a ella. Te referirás a lo del lago Constanza, sin duda...

—Sí, eso es —reflexioné, intrigado. Pero también algo cohibido ahora—. Sin duda me dejé impresionar en exceso por una vez, Beverly. La primera... y la última.

—Así está mejor —se estiró su vestido, de brevísima falda, sobre su cuerpo esbelto, pero sin duda dotado de las curvas suficientes, y lo suficientemente rellenitas todas, para darle aquella deliciosa

forma, digna de una *pin-up*—. ¿Vienes, Slim?

—Sí, vamos a ver al reverendo —suspiré—. Y olvidemos todas esas tonterías, querida.

Nos encaminamos a la puerta de la finca de los Crenna, en el corazón de Nob Hill. Ni siquiera me preocupó enfrentarme con el intenso calor de los jardines y de la calle. Prefería cualquier lugar a aquel otro, allí dentro, cerca del extraño e inquietante personaje que se parecía a Beethoven, y se decía capaz de leer el pasado y el futuro de las personas.

Al abrir, nos interceptó el paso alguien que se disponía a pulsar el llamador de la entrada. Nos quedamos contemplando mutuamente.

El hombre me resultó perfectamente desconocido. Miré a Beverly. Me pareció que le sucedía igual que a mí.

—Pase —le invitó ella—. Los demás invitados llevan ya tiempo bebiendo y tomando canapés, pero aún queda algo por las mesas y en el bar... a pesar del calor.

—Gracias, señorita —movió la cabeza negativamente—. No soy un invitado a la boda.

—¿No? —le miró, sorprendida—. ¿Quién es, entonces?

—Una visita. Posiblemente algo molesta para todos —sacó algo del bolsillo y lo puso ante nosotros—. Mi nombre es Brad Everett. Teniente Brad Everett.

—Policía —dijo Beverly, extrañada.

—Sí —dijo secamente—. Busco a un hombre llamado Slim Hackett. Creo que es el novio.

—Soy yo —hablé, con sobresalto.

—Bien, señor Hackett —me miró, disgustado—. Lamento hacer esto, pero... debo arrestarle.

—¿Qué? —exclamé, atónito, sin dar crédito a mis oídos—. ¿Qué hice yo para un arresto, teniente?

—Pertenezco a Homicidios, señor Hackett —me informó con frialdad—. Y usted... usted está acusado de asesinato.

¿P RINCIPIO... o final?

Todavía no sabría describirlo. Pero así empezó todo. O así terminó. Depende de cómo se miren las cosas.

Yo no sé cómo verlas, ni siquiera en este momento. Solo puedo decir que así se inició todo. La pesadilla se abrió ante mí, con los más oscuros, tenebrosos colores. Me sumergía, a partir de ese momento, en un horror latente, desesperado y atroz...

Fueron las palabras del teniente de Homicidios Brad Everett las que lo iniciaron todo:

—Usted está acusado de asesinato...

Asesinato.

Yo. Acusado de asesinato. Un homicida. Un criminal.

Recordé las palabras de Drury Prentiss, el adivino. Las palabras que se anticiparon siniestramente a las de aquel funcionario de policía de Nueva York.

—*Usted ha matado a alguien, señor Hackett...*

Yo había matado a alguien. Lo decía un adivino. Y después, un oficial de policía...

No era cierto. No podía ser cierto. Yo sabía que no lo era. Pero acababan de acusarme de ello. Y venían a arrestarme por eso. Eso sí que era cierto, y bien cierto...

En realidad, tras aquellas palabras, ni Beverly ni yo atinamos a decir nada. Estábamos demasiado estupefactos para hacerlo.

Creo recordar que yo fui el primero en comentar algo, tras un silencio profundo y violento. Algo así como:

—No, no puede ser... Es ridículo...

Pero no estoy seguro de ello. No estoy seguro de nada.

Lo único que recuerdo es que hice una pregunta después. Una

sola:

—¿Quién... quién se supone que ha sido la persona a quien... *a quien yo maté?*

Y él me dio la respuesta:

—Su amante, Hackett. Su amante Sue Galloway. Una hermosa mujer de vida equívoca...

* * *

Sue Galloway.

Mi amante. Una mujer hermosa. De vida equívoca. Esas fueron sus palabras exactas.

Y tenía razón en casi todo. Era una mujer hermosa. Lo había sido. Intensamente rubia, pero por influencias de tintes y artificios. De formas llamativas, exuberantes. De vida equívoca, por supuesto. Tenía el aspecto peculiar de todas las de esa clase.

Pero había algo que no era cierto. Se podía llamar Sue Galloway, ser hermosa, ser de vida turbia. Solo que... no era mi amante. No podía haberlo sido.

Yo no la conocía. Jamás la había visto antes de ahora. No sabía nada de ella.

La primera vez que la vi estaba en la Morgue de San Francisco. Allí, ante mí, cubierta con una sábana, fuera del cajón frigorífico donde se conservaba su cadáver.

Cambié una mirada con Beverly. Me sentía culpable.

No sabía de qué, maldita sea. Pero hasta su mirada fue una muda acusación para mí.

—No lo entiendo —musité—. Te aseguro que no lo entiendo...

—¿Esperas que lo entienda yo? —susurró Beverly, fijos sus ojos en mí.

Me volví al teniente Brad Everett, que no perdía detalle de mi expresión. Traté de no ver las formas rotundas, desnudas, del cadáver femenino. Ni los dos golpes secos de cuchillo, sobre sus abultados senos, sobre el corazón justamente. Golpes mortales de necesidad. La sangre seca sobre su piel color cera.

—Teniente, tiene que haber un tremendo error en todo esto —murmuré—. No conozco a esta mujer. Nunca la vi antes de ahora. Difícilmente puede acusarme a mí de una cosa semejante...

—Espere, Hackett —me interrumpió, seco—. Usted no parece darse cuenta de que está oficialmente arrestado. Cuanto diga, puede luego ser utilizado contra usted. No hable, si no lo desea. Límitese a ver las cosas. Llame a un abogado, si lo prefiere.

—Nada de eso tendría razón de ser —sonreí algo forzado. Mostré con un ademán a la difunta rubia—. ¿Quién es ella, exactamente? Usted me dijo que se llamaba Sue Galloway. Que su vida no estaba clara. Pero en cuanto a ser mi amante... Esto es una tontería. No la conozco. Nunca la vi, antes de ahora.

—¿No? —enarcó las cejas el teniente Everett—. Medite bien sus respuestas, Hackett. Esto supongo que no resultará agradable para su prometida, pero... usted me obliga a ello.

Me puso brutalmente ante las narices hasta tres brillantes cartulinas. Tres fotografías. Tres instantáneas.

Me dejó sin aliento. A mi lado, Beverly dijo algo entre dientes, y no supe lo que era. Ni intenté averiguarlo. Estaba contemplando las fotografías.

Allí estaba Sue Galloway. Casi tan poco vestida como en la Morgue. Pero llena de vida. Caramba, y tan llena de vida... Enroscada a un hombre, en una escena íntima. El lugar podía ser una alcoba de cualquier sitio lujoso y discreto. El hombre... era yo.

Me contemplé a mí mismo, en brazos de la mujer rubia y opulenta. Pestañeeé, perplejo.

—No puede ser —dije—. Es un truco. Un sucio truco fotográfico, teniente. Yo nunca estuve en semejante situación... con esa dama.

—Eso es lo que usted dice —sonrió tristemente el oficial de Homicidios, recogiendo las fotografías de mis manos, antes de que Beverly las estudiara demasiado a fondo—. Pueden ser fotografías trucadas. Se hacen maravillas en eso hoy día, lo reconozco. Harían falta los negativos para saberlo, pero no tengo tanta suerte. Solo poseo esas copias, y me bastan. También pueden ser auténticas, usted lo sabe. Lo malo es que parecen auténticas.

—Demasiado auténticas —convine, con un suspiro. Miré a Beverly, angustiado casi—. ¿Tú lo crees, cariño? ¿Admites todo eso como... como legítimo?

—Creo que eso poco importa ahora, Slim —me replicó fríamente ella—. Es cosa de la ley y tuya. Yo no puedo ayudarte. Ni

perjudicarte, por supuesto. Soy solo una espectadora.

—Beverly, eres algo más que eso —protesté—. Eres mi prometida...

—Y ella... ¿qué era tuyo realmente? —me objetó Beverly, con sarcasmo, señalando a la mujer muerta.

Everett hizo un gesto. El silencioso, frío funcionario de la fría Morgue, cerró el cajón frigorífico con el cadáver y su tarjeta de identificación colgada del brazo. Respiré hondo. Era una maldita telaraña. Sentía sus hilos envolviéndome. Y lo peor era no entender nada de ello.

—Imaginemos, teniente, que esas fotografías fuesen ciertas —dije, agresivo—. Y conste que no lo son en absoluto. Pero yo digo: imaginemos que lo son. ¿Qué probaría eso? Usted podría distanciarme de mi prometida, conforme. Pero culparme de asesinato... ¿a santo de qué?

—Venga conmigo —suspiró Everett. Mostró la salida del Depósito de Cadáveres. Salimos de allí, caminando por el largo corredor, blanco y aséptico—. Le voy a dar pruebas exactas de su culpabilidad, Hackett. Usted ya sabe que la mató. Pero yo le demostraré que también nosotros lo sabemos, sin lugar a dudas...

Me sentía preocupado. Cuando entramos poco más tarde en su oficina, tras un corto viaje en automóvil al Departamento de Policía de San Francisco, empezaba a preguntarme si no estaría viviendo una horrible pesadilla, de la que despertaría en cualquier momento, bañado en sudor. En un sudor tan frío y pegajoso como el que el bochorno de la ciudad en verano y la actual situación increíble me estaban provocando.

En el Departamento nos esperaba Sidney Crenna, el padre de Beverly. Abrazó a su hija, la confortó en voz baja, y luego vino a mí y me dio un apretón en el hombro, confortándome igualmente:

—Animo, muchacho. Sé que no pudiste hacer algo así. He llamado a mi abogado...

Le sonreí forzado, esperando que su confianza, su abogado y todo lo demás sirvieran de algo. Había empezado a temer que la malla que me envolvía era más fuerte y tupida de lo que yo mismo imaginara en principio.

Beverly no decía nada. Seguía siendo un testigo mudo y hostil de cuanto sucedía ante ella. Y no se le podía quitar la razón, a la

vista de los hechos.

—Usted sabe la clase de mujer que era Sue Galloway —empezó el teniente, apoyándose en su mesa de trabajo, con los ojos clavados en mí—. Una chica sin escrúpulos, con un teléfono para llamadas masculinas y una tarifa determinada. Poseía un buen apartamento en Russian Hill, que usted debe conocer bien, porque allí fueron tomadas esas fotografías. La chica, cuando se terciaba, apelaba al chantaje para sacar dinero extra de algunos de sus amantes de elevada posición. Las fotografías eran su arma habitual. Hombres casados, otros que iban a hacerlo, como usted, y gente parecida, pagaban siempre, para evitar el escándalo. Pero el chantaje es arma peligrosa, cuando un hombre es violento y se ve acorralado. Usted, Hackett, tiene fama de violento.

—¿Violento? —enarqué las cejas—. Como cualquier otro. Si tomo dos copas de más, puedo salirme de mis casillas. También cuando tropiezo con gentuza. Y en casos así.

—Usted fue chantajeado —prosiguió el teniente—. Pero reaccionó duramente. Pegó una paliza a Sue. Y la amenazó de muerte.

—Eso es mentira. La repito que nunca la vi antes de ahora.

—Lea esto —suspiró Everett, tendiéndome una hoja impresa—. Es fotocopia solamente. El original lo posee el fiscal del distrito.

Leí la fotocopia de una carta manuscrita. Se me erizó el cabello.

«Estoy asustada. Deseo informar a la policía de que he sido golpeada y amenazada por mi amigo Slim Hackett. Tengo miedo. Él ha adquirido una navaja automática. Dijo que me mataría si le denunciaba. ¿Qué puedo hacer?

»Sue Galloway.»

Iba dirigida a la policía de San Francisco. Miré al teniente, preocupado.

—Es mentira —repliqué, áspero—. Una mentira increíble. Ni siquiera compré nunca un arma de esa clase.

—¿No? —el teniente Everett me estudió, sarcástico. Se inclinó, pulsando un botón, en su interfono. Habló—: Que pase el señor

Casavettes.

El señor Casavettes resultó ser un pequeño individuo, un judío griego de edad madura, que me contempló críticamente al penetrar en la oficina, acompañado de un agente de uniforme. El teniente le preguntó, sin mirarme a mí ni a Sidney Crenna:

—Señor Casavettes, quiero preguntarle lo mismo que antes le dije ante aquellas fotografías. ¿Reconoce a alguien en este despacho?

—Sí —dijo él, sin vacilar. Humedeció sus labios, nervioso. Luego, me señaló—. Es él.

—¿Seguro?

—Seguro, teniente. Él adquirió la navaja.

—¿Qué está diciendo? —aullé—. ¿Quién diablos es usted?

—Usted... usted me debe recordar, señor Hackett —sonrió el griego, medroso—. Soy Spyros Casavettes, el dueño de la armería de Russian Hill, el que le vendió la navaja automática... La navaja de mango de nácar y oro...

—¡Miente! —rugí, lanzándome sobre él—. ¡Está mintiendo, maldito piojoso...!

Le tomé por las solapas, zarandeándole con violencia. Hubiera lanzado su cuerpo pequeño y enjuto contra la pared, de no impedírmelo el agente uniformado, que me hizo una seca llave de lucha, inmovilizándome, y liberando así al testigo embustero.

—Sigue siendo demasiado violento, señor Hackett —me acusó el teniente con frialdad—. Es todo, señor Casavettes. Gracias, y perdone lo sucedido.

El griego salió de la oficina, mientras yo forcejeaba. El oficial abrió una gaveta y sacó un arma envuelta en plástico, con una tarjeta de identificación y datos escritos en ella.

Era una navaja automática, con empuñadura de nácar y oro. Su hoja de acero brillante tenía oscuras manchas como de óxido. Pero no era óxido, sino sangre seca...

—¿Qué... qué es eso? —jadeé, señalándola.

—La navaja —dijo Everett, helado—. Su navaja, Hackett. Su nombre y dirección están escritos en el libro de registro de ese hombre que ha salido. La adquirió usted. La clavó usted en los senos de Sue Galloway. Usted la mató, Hackett. Y va a pagar por

ello...

Sentí que el mundo se me venía encima. Oí llorar apagadamente a Beverly, en brazos de su padre. Y ni siquiera supe qué decir. Por eso no dije nada.

RORY MILES se quedó mirándome con fijeza. Sacudió la cabeza, pesimista.

—Sí, como mínimo, no me cuenta a mí la verdad, Hackett, no hay nada que hacer —dijo.

Me sublevé contra eso. Pegué un salto, y le repliqué, belicoso:

—¡Escuche, Miles, puede usted irse al mismo infierno, si viene en busca de confesiones! ¡No hice nada, y no tengo por qué confesar cosa alguna, malditos sean todos!

—Cálmese —me pidió conciliador, mirando al exterior de la celda—. Con esos procedimientos no va a conseguir gran cosa, créame. Estoy aquí para ayudarle. Como abogado del señor Crenna, he aceptado esta ingrata tarea, aunque la muestra de pruebas por parte del teniente Everett me han desmoralizado ya, pero si usted se pone violento conmigo, le dejaré solo en la estacada, por mucho que me ruegue el señor Crenna. Me han advertido ya de que es usted irascible y amigo de violencias, pero no será así como podrá salvar su cuello, créame.

—Mi cuello... —me toqué la garganta, con un estremecimiento—. ¿Es que todos se han vuelto locos aquí? No tengo nada que ver en todo esto, no sé nada de nada, no hice nada y no tengo cosa alguna de que culparme. No conocía a esa mujer, no adquirí arma alguna, y no sé qué puede pasarle a la gente para que me acusen de semejantes cosas, pero si se empeñan en ello, les destrozaré a todos. La mentira no puede prosperar así, tan monstruosamente, Miles.

—Es posible que usted sea inocente del crimen, Hackett —me dijo suavemente el abogado de los Crenna—. Yo no pongo en tela de juicio eso, y por ello estoy aquí, para ayudarle y defenderle. Para mí, mis clientes son siempre inocentes, y como a tales les defiendo. Pero cuando menos, dígame qué clase de chica era Sue,

qué amigos tenía, aparte de usted mismo, por qué adquirió esa navaja, quién pudo quitársela... En fin, cosas así.

—Pero, ¿es que no lo entiende? —rugí—. ¡No conozco a Sue Galloway, no estuve jamás en su apartamento, no tuve nada con ella, jamás oí hablar de tal mujer, no adquirí navaja alguna, y menos aún se me ocurrió la estúpida idea de matar a nadie!

Hubo un silencio. Rory Miles me estudió, perplejo. Pareció desalentado.

—¿Otra vez esa historia? —se quejó—. Mire, Hackett, es lógico que su prometida esté decepcionada con usted, pero no es el primer novio que ha tenido un lío o varios, hasta el día de su boda. El señor Crenna lo entiende y le disculpa. Beverly Crenna terminará perdonándole también, pero para ello tiene que poner de su parte. Evitar que, por una ridícula negativa de una culpa puramente moral, se hunda en una acusación seria por asesinato. Con la sombra de la cámara de gas al fondo...

Hubiera abofeteado a Miles hasta cansarme, o le hubiera arrojado a puntapiés de mi celda, pero temí que eso me creara más problemas con la policía, y tuve la suficiente fuerza de voluntad para dominarme, apretar los labios y dientes hasta que sentí dolor en mis mandíbulas.

—Márchese —mascullé entre dientes—. Lárguese, Miles. No quiero abogados.

—¿Se ha vuelto loco? —me miró, estupefacto—. Solo trato de ayudarle y usted...

—Voy a ser muy paciente desde ahora, pero no con usted —le repliqué—. Le he dicho que se marche. Y no vuelva. Ya me las arreglaré yo solo.

—Si yo me marchó de aquí ahora, será ciertamente para no volver —habló con tono ofendido—. Y sin mí, está perdido. Le darán un abogado de oficio, y no saldrá nunca de...

—¡Fuera! —mascullé, furioso.

Y Rory Miles se marchó como un alma perseguida por el diablo. Supe, al verle andar pasillo adelante, a largas zancadas, que nunca volvería. Y me tuvo sin cuidado.

Tuve la visita del teniente Everett, cosa de una hora más tarde.

—Decididamente, creo que llamaré a un psiquiatra en su caso

—me dijo fríamente, mirándome con perplejidad—. Ha echado de aquí al mejor abogado de San Francisco. El que le toque de oficio no hará ni la centésima parte de lo que él lograría. ¿Qué quiere usted, Hackett? ¿Atarse la cuerda al cuello y apretar de ella?

—Es posible que sea lo mejor —dije, agresivo.

—Por ese camino no logrará nada —me estudió, pensativo—. Personalmente, nada tengo contra usted. Soy policía, y mi deber es arrestarle, como el suyo lo es hacer publicidad con chicas bonitas, para sus *magazines*, carteles de carretera y todo eso. Pero no tengo ningún especial interés en verle metido en una cámara de gas. Le aconsejo que se defienda con habilidad. Y serenamente. Su caso es grave. Muy grave, Hackett.

—Pero... ¡pero si no tiene sentido! —protesté una vez más—. Insisto, teniente. Nunca vi a esa mujer, a Sue Galloway... No compré la navaja, no entiendo nada de todo eso...

—Ningún juez ni jurado aceptarán eso, tras ver las fotografías, oír al señor Casavettes, leer la carta de Sue... Ah, por cierto. Teníamos letra de ella, en una declaración, con motivo de una detención que sufrió, por prostitución y uso de drogas, hace dos años. Los expertos calígrafos de la policía han confirmado ese punto: la carta es legítima. La escribió ella. En cuanto a las fotografías... si fueron trucadas, el que lo hizo era un experto formidable. No se aprecia fallo alguno en ellas. Existe un ochenta por ciento de posibilidades de que sean auténticas.

—No lo son, teniente.

—Es su palabra, Hackett. Contra la de expertos, testigos... —sacudió el teniente su cabeza de cabello corto, rapado, color castaño claro. Su rostro inteligente y rudo a la vez reveló cierta humanidad y hasta ternura, cuando me dijo, inclinándose hacia mí —: Vamos, trate de ponerlo todo menos difícil. Colabore, Hackett, y puede salir bien librado de todo esto, con las atenuantes de obcecación, apasionamiento, provocación por parte de la víctima, cuya vida no era precisamente ejemplar... Incluso podríamos desviar su caso por medio de la psiquiatría, internarle en un sanatorio nuevamente, y así...

—¿Nuevamente ha dicho? —pegué un respingo, y le miré, asombrado—. ¿A qué se refiere?

—A un sanatorio psiquiátrico, naturalmente —suspiró Everett

—. Eso puede serle de mucha ayuda cuando se presente a juicio. El hecho de que ya haya sido tratado clínicamente favorece la posible tesis de la defensa de que usted...

—¿Yo, tratado clínicamente? —mascullé—. ¿De qué, teniente?

—De psicosis y todo eso, Hackett —sonrió a medias el oficial de policía. Frunció el ceño, mirándome—. No me vendrá usted ahora con que pretende negar...

—¿Negar? —aullé—. ¡Claro que lo niego! ¡Yo jamás estuve en ningún centro psiquiátrico, ni sufrí psicosis de ningún género, teniente!

—¿Cómo? —ahora la perplejidad, la preocupación más honda, asomaron a su rostro. Pestañeó, como si no creyera lo que yo decía—. ¿Está hablando en serio, Hackett?

—Nunca en mi vida hablé más seriamente —le repliqué—. Trate de probar eso, y verá su fracaso. Si buscan trucos para hacerme pasar por chiflado, pierden su tiempo. Soy una persona completamente normal, y no pueden probar lo contrario.

—Pero no puede negar su accidente de automóvil, Hackett...

—¿Accidente? —reí entre dientes—. Cielos, ¿quién no ha sufrido alguno una vez en su vida? Sufrí uno el pasado año, cerca de San Diego. Unos hematomas, un golpe en la cabeza, y eso fue todo. Me asistieron en un dispensario de San Diego, y salí por mi pie. Eso fue todo. No habría abogado en el mundo capaz de manejar eso para hacerme pasar por demente.

—Solo el accidente, no. Pero su posterior internamiento en el centro psiquiátrico...

—¿Es usted el chiflado, teniente? —solté una carcajada—. Quien le dijo eso le contó un cuento de *Las mil y una noches*. Yo nunca estuve en ningún lugar parecido.

Sus ojos no se desviaban de mí. Su gesto era grave, pensativo. Se puso en pie. Fue hasta la puerta de la celda. Desde allí, me miró de nuevo, con intensidad.

—¿Está dispuesto a negar, Hackett, que usted pasó todo el verano anterior dentro de la clínica psiquiátrica del doctor Balsam Warner, en Oceanside?

Solté una larga carcajada burlona y le miré, rebosando ironía.

—Por Dios, teniente, tendrá que ser usted o quien eso le contó

el que visite al psiquiatra. Todo el verano pasado, es decir, los meses de julio y agosto, los pasé a bordo del yate Tritón, en alta mar, frente al litoral californiano... En compañía de unos buenos amigos, el matrimonio Harris. Ryan y Laraine Harris, dueños de ese yate, teniente. Creo que está claro eso, ¿verdad?

—No, no está nada claro, Hackett —me replicó el teniente Everett, fruncido su ceño, intensamente preocupado su gesto—. Tengo la declaración del doctor Balsam Warner y de su enfermera Ivonne Deluc, acerca de usted. Ha sido identificado como el mismo Slim Hackett que estuvo internado dos meses en su clínica, víctima de un fuerte trauma cerebral, provocado por accidente de automóvil...

* * *

—Sí —dijo Balsam Warner—. Es él, no hay duda.

Me quedé helado. Miré, sin creer lo que oía, a aquel hombre de cabello prematuramente canoso, de gafas con montura de oro, de aspecto noble y sereno, que me contemplaba desde el otro lado de su mesa, con aire impasible, profesional y solemne. A su lado, una bella pelirroja, esbelta y de uniforme blanco, corroboró un momento después:

—Seguro. No cabe error, teniente. Es el mismo señor Hackett que estuvo aquí durante julio y agosto. Creo que salió enteramente curado. Señor Hackett, me recordará usted, ¿no es cierto?

Y me sonrió amable, dulcemente, con un candor maravilloso en sus claros ojos.

Era para enloquecer realmente. Les miré, aturdido, excitado.

—Ustedes tienen que sufrir un error —dije, jadeando—. No estuve nunca aquí, no les conozco de nada, doctor. Ni a usted, ni a la señorita Deluc... ¿Cómo diablos pueden asegurar semejante cosa?

—Vamos, vamos, señor Hackett, usted no sufría de amnesia ni de graves trastornos mentales —sonrió el médico psiquiatra apaciblemente—. No puede habernos olvidado ya...

—Claro que no —le apoyó su enfermera—. Estuve cuidando de usted día a día, señor Hackett... Incluso... incluso se mostró usted afectuoso conmigo, salimos juntos el último día, para despedirnos

de aquel verano en que usted fue debidamente tratado en este establecimiento...

—Pero... pero... ¡eso es una sarta de disparates! —grité—. ¡No la conozco, señorita Deluc! ¡Nunca estuve en esta clínica! ¿Es que pretenden volverme loco entre todos?

Everett cambió una mirada con el médico, que había fruncido el ceño. El doctor Balsam Warner le llamó aparte, discretamente. El teniente le siguió. Yo me excité, pegué un salto, tratando de seguirles, pero los agentes que nos acompañaban me retuvieron a viva fuerza en el asiento.

—Cálmese, señor Hackett —habló dulcemente la enfermera—. Cálmese y no se excite... Es perjudicial para su salud, compéndalo como entonces lo comprendía y...

—¡Teniente, no les crea! —rugí—. ¡No puede creerles! ¡Están mintiendo! ¡Es todo una farsa, una gran mentira! ¡Están tratando de presentarme como a un demente! ¡Ese es su juego! ¿No se da cuenta, teniente?

No supe lo que hablaban, pero cuando salimos de la clínica, yo seguía protestando, y el teniente, sumido en un sombrío silencio, me contemplaba de vez en cuando, sin replicar a mis protestas. Subimos de nuevo al coche de la policía, y partimos de Oceanside, donde el doctor Warner tenía su clínica psiquiátrica, entre cedros y secuoias, en una suave colina californiana, frente al mar.

—Usted dijo que pasó el verano en un yate —me dijo de repente Everett, frenando mi catarata de protestas.

—¡Sí! —aullé—. ¡El Tritón, propiedad del matrimonio Harris! ¡Yo estuve en ese yate durante julio y agosto! Ellos son testigos, ellos pueden confirmarlo, teniente... Y hay más... Una persona más...

—¿Quién? —preguntó él pacientemente, abriendo su bloc de apuntes.

—Una mujer: Brenda Brent.

—¿Una mujer? —anotó su nombre. Me miró malicioso—. ¿Otra amiguita, Hackett?

—No, no. Una chica encantadora, bellísima, distinguida y maravillosa... Una buena amistad, eso fue todo. Nada de relaciones íntimas, teniente. Solo amistad de un verano... A bordo del yate

también, durante esos meses de vacaciones...

—Brenda Brent. Bien. Le preguntaremos también. ¿Dónde vive ella?

—En San Diego. Los Harris le darán su dirección. Creo que era cerca de la carretera del mar... Un bungalow llamado Tropical, o algo así...

—Bien. Y a los Harris, ¿dónde puedo encontrarlos?

—Todavía no está avanzado el verano. Tendrán su yate Tritón en Newport Beach, Santa Ana. Ellos viven en Los Ángeles, en Pasadena exactamente... Fueron clientes míos. Luego, durante ese verano, hicimos amistad, me invitaron a su yate... —le aferré la chaqueta, por su manga, zarandeándole—. ¡Tiene que preguntarles! Si demuestro que el doctor Warner mintió, que su enfermera mintió también... será la prueba de que algo extraño está sucediendo, de que soy el centro de un complot inexplicable, de una montaña de infamias y de mentiras, teniente...

—Tal vez, Hackett, tal vez. Pero tendrá que demostrar previamente eso. Por otro lado, ¿qué interés podría tener el doctor Warner, un médico psiquiatra con un establecimiento caro y suntuoso, para mentir? ¿Y su enfermera? ¿Y tantas otras personas a las que usted tacha de embusteras?

—No lo sé —confesé, repentinamente aterrado. Hundí la cabeza entre las manos—. No lo sé, teniente... y eso es lo que más me asusta.

El coche rodaba por la carretera costera de California, desde Oceanside hacia el Sur. Oí borrosamente la voz del teniente Everett, con un suspiro:

—Está bien. Vamos a Newport Beach... A ver a los Harris y su yate Tritón. Y también a esa joven llamada Brenda Brent... Primero la veremos a ella. Luego, a los Harris. ¿Conforme así, Hackett?

Asentí. Ni siquiera sé si oyó él mi voz cuando musité:

—Sí, conforme...

* * *

El bungalow se llamaba Tropic. Estaba en Coronado Way, al sudoeste de San Diego, muy próximo al mar. Sobre su buzón aparecía el nombre de una mujer:

BRENDA BRENT

Me volví triunfalmente al teniente Everett, empezando a sentirme mejor y más seguro de mí mismo. Pestañeeé bajo el fuerte sol matinal de California, y le desafié:

—¿Lo ve, teniente? Ahí la tiene. Ahora podrá empezar a ver claro en este maldito embrollo...

El oficial de policía de San Francisco se encogió de hombros, contemplando el cuidado y verde césped, el sistema automático de riego y el fresco porche del bungalow, allá al fondo.

—Yo solo veo el nombre de esa mujer —dijo—. Falta saber si lo demás es igualmente cierto, Hackett.

Pulsó un llamador. Adentro hubo un tintineo. Sonreí, aferrándome a los barrotes metálicos de la puerta de acceso al amplio jardín. Esperaba ver salir, de un momento a otro, a la belleza morena y esbelta de Brenda Brent, mi amiga de aquel pasado verano, a bordo del yate Tritón.

Apareció alguien, pero no era Brenda. Me sentí algo desanimado, aunque inmediatamente comprendí que era una sirviente joven, de cabello claro, quien venía hacia nosotros. Brenda siempre me pareció una mujer de posición desahogada, aunque se mostró en todo momento muy parca con su propia vida. Sin duda tenía servidumbre en su bungalow.

—¿Qué desean? —preguntó la joven, mirándonos a todos con curiosidad.

—¿La señorita Brent? —preguntó Everett, con viveza.

—¿Brent? —la doncella vaciló, indecisa. Luego, pareció entender—. Oh, se refieren a ella... Brenda Brent, ¿no?

—Sí, por supuesto —dije con premura—. La propietaria de este lugar, ¿no es cierto?

—La que fue propietaria de él —me rectificó con firmeza la doncella.

—¿Fue? —me sentí repentinamente desmoralizado.

—Eso es. Ahora pertenece a los señores De Wilde. Yo soy su doncella.

—¿Desde cuándo no es la señorita Brent propietaria de este

bungalow? —quiso saber el teniente.

Ella le miró con fijeza. Parecía sorprendida por algo. Y su respuesta nos dijo por qué:

—Pues... desde que murió.

MUERTA.

Brenda Brent, muerta. Parecía imposible No podía admitirlo, ni creerlo.

Pero era verdad. Desgraciadamente, era todo verdad.

Lo pudimos confirmar allí. En el pequeño cementerio, al sur de San Diego. Entre árboles, lomas y mar. No lejos de la carretera del litoral.

Era una lápida pequeña y sencilla. También era sencilla la inscripción:

BRENDA BRENT.
DESCANSE EN PAZ.
MUERTA EN ACCIDENTE
DE CARRETERA.
7 AGOSTO DE 1970.

Levantó Everett vivamente su cabeza, como si de repente un invisible áspid hubiera surgido de detrás de la cruz de piedra, picándole malignamente.

—¿Qué significa eso, Hackett? —me señaló hacia la lápida—. Ahí dice... agosto. El día siete... Creí que ustedes coincidieron en el yate de los Harris durante los dos meses de estío completos.

—Y así fue... —musité, lívido, sintiendo un helado sudor sobre mi piel—. Así fue, teniente... Todo julio y todo agosto, justo hasta el día 30... Recuerdo que ella, Brenda, mencionó la necesidad que tenía de estar de vuelta aquí, en su bungalow, lo más tarde el día primero de setiembre... ¡Tiene que creerme, teniente!

Me miró, glacial, hermético. Sacudió la cabeza, negativamente.

—No puedo, Hackett —me dijo con cruda sinceridad—. No puedo creerle. La muerte no engaña a nadie. Los seres de ultratumba no van a tomar el sol a un yate. La fecha está ahí bien clara. ¿Cómo puede discutirse que ella murió el día siete, Hackett?

—No es posible, teniente. ¡Ella y yo estuvimos divirtiéndonos juntos el último día de agosto, en tierra firme ya...! ¡Bebimos, bailamos, incluso me embriagué y ella tuvo que ayudarme, porque bebía bastante menos que yo...! No puede ser, teniente... ¡no puede ser!

—Cambie usted la fecha de su muerte... si puede —fue todo cuanto me respondió el oficial de policía Brad Everett.

* * *

—No, teniente —rechazó el jefe de la policía de tráfico de San Diego—. No hay posibilidad de error en esa fecha. Brenda Brent murió el día siete de agosto del pasado año, sin lugar a dudas de ningún tipo. El accidente figura aquí, en nuestros archivos.

—¿Cómo sucedió? —quiso saber el policía de San Francisco.

—Oh, un accidente como hay tantos otros en nuestros días, teniente —el funcionario de Tráfico en San Diego se encogió de hombros, tras extraer un *dossier* del archivador inmediato. Lo puso sobre la mesa, ante nosotros—. Ahí lo tiene todo. Brenda Brent, veinticinco años. Soltera. Sin familia. Conducía a excesiva velocidad su coche, un deportivo rojo, de la Ford. En una curva, se cruzó con un camión frigorífico averiado. Trató de evitar la colisión. No lo logró... El destrozo fue total. Costó trabajo extraer su cadáver de entre los restos del coche, teniente.

—Comprendo —suspiró Everett, afirmando con la cabeza—. Como usted dijo, algo demasiado frecuente en la actualidad. Supongo que no habría problemas con la identificación...

—En absoluto, teniente. Sufría gravísimas heridas, pero su rostro no sufrió daños severos. Sus vecinos, conocidos y hasta personas como su cartero, su médico y sus jefes en el lugar de trabajo, la identificaron sin lugar a dudas. Era ella. Aquí tenemos fotografías del cadáver, tomadas en la carretera y en el depósito. También unas fotografías de Brenda Brent, y la fotografía de su documento de identidad y de su carnet de conducir. Todo coincide. También se tomaron las huellas necrodactilares. Coinciden con las

de todos sus documentos.

—Sí, ya veo. No hay margen ninguno a la duda.

—Ninguno. Brenda Brent murió el siete de agosto... diga lo que diga —y me señaló a mí sin rodeos.

Me incliné sobre la mesa. Pregunté con voz sorda:

—¿Puedo... puedo ver esas fotografías? Las de Brenda quiero decir...

—Claro —el jefe de Tráfico me tendió las brillantes cartulinas numeradas—. Véalas. No creo que usted vaya a poner objeciones a tan clara identificación.

Miré las fotografías. Las de la Morgue, la carretera... y las de Brenda Brent, en el jardín de su bungalow Tropic, en algunos lugares de San Diego, en una playa... Muy bonita figura. Muy llamativa. Muy morena.

Solo que...

Tiré las fotos sobre la mesa. Mi voz sonó acre, chirriante, agresiva:

—No es ella —dije—. Esa mujer... no era Brenda Brent.

* * *

—De modo que... no era Brenda Brent.

—¡Es exasperante, es absurdo, es una locura todo! —aullé—. ¡Pero ella no es Brenda!

Decir eso, después de hablar con gente que conoció a Brenda, con personas que la trataron, e incluso con su médico, su cartero, su jardinero, el policía de servicio en Coronado Way, distrito donde se hallaba su bungalow, y tras examinar su auténtico permiso de conducir, su tarjeta de Seguridad Social, su tarjeta de identidad y toda una serie de cosas así, incluso de hablar a compañeras suyas de trabajo en la gran industria frigorífica de la Royle Incorporated, la mayor de toda California, y posiblemente una de las cuatro mayores del país, era como jurar que uno era Napoleón en persona.

Yo me daba cuenta de eso. Perfecta cuenta. Pero me rebelaba. Me rebelaba contra todo. No podía admitir aquello. Era demasiado para mí. Tener que aceptar que todos aquellos seres mentían, y yo era el único que decía la verdad, era demasiado. Para Everett, y para el propio Job, seguramente. Su paciencia debería haberse

agotado ya y, pese a todo, el teniente proseguía, tozudo, infatigable, la marcha de su investigación exhaustiva.

Cada vez mi posición era más falsa, más quebradiza. Sin embargo, yo decía la verdad. Pero nadie la admitía. Nadie la creía. Fríamente, pensé que de ser yo un interlocutor de un hombre llamado Slim Hackett... no hubiera creído una sola palabra.

—Lo siento, señores —suspiró el jefe de policía de San Diego—. Es infantil seguir con esto. Todos ustedes han podido comprobar cuanto aquí se ha dicho. Brenda Brent era esa joven. Murió en accidente de carretera el día siete de agosto de mil novecientos setenta. Sobre lo demás, teniente Everett, no me pronuncio. Es asunto suyo. Pero usted puede imaginar lo que pienso...

Sí. Everett lo imaginaba fácilmente. Yo también. No había que ser muy ladino para comprenderlo así.

Salí del Departamento de Policía de San Diego, convertido en una piltrafa humana. Una piltrafa apenas sin esperanzas. Si las tenía, se reducían a una sola posibilidad. Una sola...

—Vamos a Newport Beach, en Santa Ana —me dijo, exasperado—. Es la última cosa que haré por usted, maldita sea su historia y mi paciencia, Hackett. Si los Harris le fallan... ya puede usted imaginar que no va a hacerme rodar más por esos mundos, en busca de su ridícula coartada...

Asentí, abatido. Pensaba como él. Pero sabía que los Harris no podían fallarme. No. Ellos, no. A pesar de todo. A pesar de Sue Galloway, del vendedor de armas Casavettes, del doctor Warner y de la enfermera Deluc, a pesar de una Brenda Brent que no era Brenda Brent, y que había muerto cuando ella aún estaba viva... A pesar de todo, los Harris y su yate Tritón no podían fallar. Esta vez, al menos, estaba seguro. Totalmente seguro.

Y cuando me sentí más seguro de ello, es cuando en el Club Náutico de Newport Beach, Santa Ana, un empleado del mismo asintió a la pregunta del teniente Everett:

—Sí, señor, por supuesto. Avisaré al señor Harris. El señor Ryan Harris acostumbra a estar a estas horas jugando su partida de *bridge* en el mirador del embarcadero. Un momento, por favor...

Esperamos. Everett, pensativo, me miró de soslayo. Y yo a él. No comentamos nada ninguno de los dos. Sus hombres, en pie junto a la puerta vidriera del Club Náutico, esperaban el resultado

de la última diligencia policial.

Cuando apareció Ryan Harris, sentí un tremendo alivio.

Era él. Al menos, era él. Él mismo. El Ryan Harris que me invitó a su yate, que me llevó en el Tritón durante dos meses de aquel verano...

—¡Harris! —estallé, incorporándome violentamente antes de que Everett pudiera decir algo. Le tendí una mano abierta, ansiosa, cordial—. ¡Harris, gracias a Dios! Al menos, hay algo de cierto, de auténtico en toda esta pesadilla... Harris, eres tú... Dile, dile al teniente Everett quién soy, dónde estuve el pasado año, en julio y agosto...

Harris me miró largamente. Enarcó sus cejas rojizas, Luego, cruzó sus ojos con el teniente Everett. Ambos hombres se contemplaron en silencio. Yo les miré. Miré a Harris, sobre todo. Temiendo lo peor.

Y lo peor sucedió.

—No entiendo... —dijo—. ¿Qué quieren ustedes de mí? ¿Quién es ese hombre que me trata con tanta familiaridad? No lo he visto en mi vida...

Me quedé de una pieza. Tambaleante, aturdido, sin saber qué hacer ni qué decir, sintiendo que todo el mundo se desmoronaba alrededor mío, que el cielo se hundía sobre mi cabeza, mientras muy lentamente, el rostro del teniente Everett se volvía hacia mí, sus ojos agudos me contemplaban con algo parecido a una acusación firme, fría y agresiva, como la tendría el juez, el día que me enviase a la cámara de gas, por la muerte de una mujerzuela desconocida, llamada Sue Galloway...

En ese momento, la última y remota esperanza apareció ante mí. La vi detrás de él, del pelirrojo y fornido Ryan Harris. Era ella. Laraine Harris, su mujer.

—¡Laraine! —llamé con voz aguda—. ¡Laraine, tú no puedes actuar igual! Tú... tú me has de recordar, de reconocer... Soy Slim, ¿recuerdas? ¡Slim, vuestro amigo! ¡Slim Hackett, Laraine! Tenéis que recordar a Brenda, recordarme a mí... recordar el pasado verano en el Tritón...

Y Laraine Harris, la bella, distinguida, frívola y alegre Laraine Harris, con su deportivo atavío de siempre, con sus shorts amarillos y su blusa azul anudada sobre el estómago desnudo, con su cabello

castaño claro recogido en la nuca, me miró perpleja, con sus enormes ojos muy abiertos, muy azules, y manifestó, para mi desastre:

—¿Usted? ¿Quién es usted, señor? No le comprendo... No comprendo nada de cuanto me dice...

Era definitivo. Era el fin.

Supé entonces, aunque no entendí cómo ni por qué, que estaba más cerca que nunca de un horrible lugar, verde y alucinante, llamado cámara de gas...

* * *

Tuve que hacerlo.

No me arrepiento. Ni aun ahora, cuando el círculo va a cerrarse. Tuve que hacerlo... y lo hice.

Creo que para entonces, como dijera el propio Brad Everett, todo se había agotado ya. Desde el Club Náutico de Newport Beach, ya no saldríamos sino de regreso a San Francisco. A la ciudad húmeda y calurosa, al asfalto y al cemento. A la celda. Luego, el juicio, la sentencia...

No. No me atreví. No podía atreverme a todo eso. No lo aceptaba. No lo acepté.

Creo que ni Everett ni los Harris podían esperarlo. Tampoco los policías uniformados que se habían quedado en el exterior, vigilando la entrada al recinto deportivo y de recreo para millonarios.

Me precipité inesperadamente sobre el teniente. Había advertido durante bastantes ocasiones, en nuestro periplo costero por el sur de California, aquel día, dónde llevaba la funda de su pistolera, a la altura de la axila izquierda, bajo su americana desabotonada.

Everett se quedó rígido cuando se sintió rodeado por uno de mis brazos, en torno a su cuello. Mi otra mano, veloz, se hundió en su funda sobaquera. Le arranqué el revólver de calibre 38 y cañón corto. Lo puse contra su nuca, antes de que los Harris o la policía pudieran reaccionar.

—Un movimiento de cualquiera de ustedes, y seré ejecutado por dos asesinatos —avisé fríamente, amartillando el «Colt»—. Dígales

que no cometan errores. Sobre todo sus hombres, teniente Everett.

—Esto es una locura, Hackett —me avisó el oficial de Homicidios—. No conseguirá nada.

—Una locura más o menos, ya no parece contar demasiado, teniente.

—No saldrá de aquí. Ni irá a ninguna parte.

—Lo veremos. Estoy dispuesto a todo. Sea lo que sea.

—De modo que al fin se quita la máscara, ¿eh, Hackett?

—No serviría de nada lo que le dijese ahora. Estoy harto de protestar en vano. Confórmese con lo que quiera creer. Me voy, teniente.

—No irá lejos. Comete un error. Podría haberle ayudado de algún modo. Pero ahora...

—Ahora, teniente, yo me ayudaré —miré a los Harris, que me contemplaban, pálidos y aturridos—. No sé lo que les sucede a ustedes y a mucha gente en California, pero parece que soy muy conocido para la gente a quien no vi jamás, y totalmente desconocido para los que me conocían mejor. Bien. No elegí yo este camino, pero lo seguiré, si no hay otro. Y les prometo que todos pagarán las consecuencias, Ryan y Laraine Harris. ¡Todos!

Tiré de Everett, cubriéndome con él, sin desviar el arma de su nuca. De ese modo salí hasta el embarcadero. Los agentes uniformados no se movían, temiendo por la vida de su superior.

Alcancé la plataforma de tablas del embarcadero de yates y canoas a motor, para recreo de los ricos socios del Club Náutico. Salté a una de ellas, sin abandonar a mi cautivo un solo instante. Everett se sometía dócilmente a su forzada situación actual.

—Ahora, en marcha —dije con aspereza, poniendo el motor en funcionamiento, y tras comprobar que había a bordo dos bidones de plástico, repletos de combustible—. Usted me acompañará, teniente, le guste o no...

—Sabe que no me gusta, pero eso de nada me servirá —dijo Everett con acritud—. Se ha propuesto interpretar ahora el papel del fugitivo heroico, ¿no? Eso solo da resultado en el cine y en las novelas baratas, nunca en la realidad.

—Está aún por ver, teniente —hablé con acritud—. No estoy decidido a servir de víctima propiciatoria a alguien. Este maldito

complot terminará por enloquecerme, pero no va a enviarme atado de pies y manos a la cámara de gas.

—El final será el mismo, haga lo que haga. Nadie vence a la ley, Hackett.

—Yo no voy contra la ley —repliqué—. Voy contra algo que se ha tramado contra mí. Y quiero saber lo que es.

—Si no es un criminal, es usted un loco, un enfermo. Si no miente cínicamente, imagina cosas que no son. De cualquier modo, debe ser internado. Para pagar su culpa o para ser curado y no causar daño a la sociedad.

Le miré, irritado. La canoa se movió entre los yates y embarcaciones. Desde el Club Náutico, nos miraban los agentes y el personal del recinto. Todos inmóviles, ante la amenaza suspendida sobre el teniente Everett. Vi telefonar a un empleado, frenéticamente. Aceleré la marcha de la canoa. Nos lanzamos mar adentro, rugiendo el motor, y hendiendo las aguas violentamente, con la blanca y afilada proa.

—Teniente, me niego a discutir más con usted —repliqué—. Y como en esta situación puede ser usted un peligro para mí... así estará todo mejor.

Le di un seco culatazo en la nuca. Le vi caer a mis pies, en el fondo de la canoa. No se movió. Respiré hondo. Registré sus ropas. Había unas esposas en su bolsillo posterior. Le apliqué las pulseras de acero, y las cerré, tirando la llave al mar. Aceleré a tope la marcha de la lancha, pero dándole a su rumbo una curva cerrada, para no alejarme excesivamente del litoral. Pronto los guardacostas, con embarcaciones e incluso con helicópteros, aparecerían en busca mía. Esperaba poderles burlar a todos.

Al menos, estaba decidido a ello. No me cogerían de nuevo. Al menos, no iban a cazarme vivo. Palabra de Slim Hackett.

Alguien quería hacer de mí un asesino, un peligroso delincuente. Bien. Quizá ese alguien se saldría con la suya. Y de un modo bastante inesperado...

TODAVÍA no había empezado la persecución. La auténtica caza.

Yo, la pieza de esa futura cacería desesperada, estaba frente a las playas doradas, calas entre riscos y paisajes bellísimos de la costa del Pacífico.

Salté a la arena, en una zona desierta, a algunas millas de Newport Beach. Todo a mi alrededor aparecía tranquilo, apacible. Claro que eso podía ser engañoso, pero en algún lugar debía pisar tierra firme. El mar era una trampa. La peor de todas, en mi situación.

Con el arma bajo mi chaqueta, corrí a través de la playa, hacia el interior, tras dejar la embarcación empotrada en la arena, con el inconsciente teniente Everett dentro de ella.

Era una lucha contra el reloj ahora. Debía llegar a alguna parte relativamente segura, antes de que se iniciara la caza masiva del hombre. Patrullas camineras, policías y *sheriffs*, e incluso el ciudadano vulgar, cuando la televisión empezara a dar noticias y descripciones mías, serían mis peores enemigos en lo sucesivo.

Yo, Slim Hackett, era la víctima. La presa. La pieza a cazar. Vivo o muerto.

No había elegido yo este camino. No era el destino que se había trazado el hombre que, solo un día antes, iba a casarse con Beverly Crenna, en San Francisco de California.

Ahora, era un fugitivo. Un presunto asesino. Un hombre perseguido. Alguien en cuya palabra nadie creía. Un monstruo... o un loco.

Y a partir de aquí... cero.

Era el principio de otro nuevo camino. Sin final previsible.

Solo sabía algo: que debía buscar. Buscar la verdad.

Pero... ¿dónde?

Ciertamente, no en San Francisco. No aún, pese a que allí alguien mató a una mujer llamada Sue Galloway... cargándome a mí las culpas.

Antes, tenía que saber por qué Brenda Brent murió el siete de agosto. Por qué Brenda Brent no era la misma Brenda Brent que yo conocí en el Tritón. Y por qué los Harris, Ryan y Laraine Harris, no me conocían.

Y por qué, en Oceanside, un médico psiquiatra llamado doctor Balsam Warner decía haberme tenido internado dos meses en su clínica, sin ser cierto. Y por qué su enfermera Ivonne Deluc confirmaba semejante absurda declaración.

Eran muchos enigmas. Demasiados. Muchos absurdos, muchas cosas incomprensibles. Pero tenía que llegar al fondo de todo ello. Verle una razón. Un sentido.

Quizá, entonces, estuviera en el buen camino...

En el camino de la verdad. Una verdad que demostraría la inocencia de Slim Hackett. Que probaría a todos que yo no había matado a nadie.

A pesar de que el primero en decirlo, allá en San Francisco, fuese un adivino llamado Drury Prentiss...

Justamente allí, empezó todo. Quizá allí terminase todo también, cualquier día.

Pero ahora, justamente ahora... aquí había mucho por descubrir.

Y yo estaba dispuesto a ello. A cualquier precio. Incluso el de mi propia vida.

A fin de cuentas, esta había dejado de tener ya valor alguno. Era la vida de un futuro condenado a muerte en San Quintín...

* * *

La pelirroja se llevó un susto de muerte.

Acababan de transmitir por televisión el boletín de noticias de la Costa del Pacífico, y en él había aparecido mi fotografía, con una serie de detalles y referencias que facilitasen la captura del «peligroso asesino llamado Slim Hackett, acusado también de agresión y secuestro de un policía, con violencia y coacción».

Todavía estaba ella impresionada, y mi presencia terminó de aterrorizarla lo suficiente. Lo observé cuando dejó de retocar el *rouge* de sus labios, al mirar fijamente al presentador de televisión y escuchar mi nombre y ver mi rostro.

Luego, cuando abandonó el bar de carretera y subió a su coche, fue cuando yo hice acto de presencia tras ella.

—Hola, preciosa —saludé—. Conduzca con cuidado, y sin dar la menor voz o señal de alarma a nadie, si no quiere ser mi segunda víctima femenina.

La vi palidecer, a través del espejo en el retrovisor, pero se portó bastante bien. Salió de la estación de gasolina y condujo carretera abajo, entre Oceanside y San Diego. Las luces cercanas del Warner Hospital quedaron atrás, entre la espesura de las lomas.

—Muy bien, enfermera Deluc —aprobé, manteniendo siempre cerca de ella el revólver de cañón corto, debidamente amartillado. Estudié sus piernas, que la breve falda dejaba ver generosamente. Los blancos zapatos de enfermera se apoyaban en los pedales del coche—. Se está portando como una buena chica, pese a todo.

—¿Qué... qué quiere de mí? —gimió.

—Vamos, preciosa, debe imaginarlo con bastante exactitud —dije, sarcástico—. Usted no me conocía de nada cuando me vio hoy, con el teniente Everett, de San Francisco. ¿O sí?

Ella me salió por la tangente, muy habilidosa:

—Puede revisar los registros de la clínica... Tuvimos... tuvimos un Slim Hackett el verano pasado. Dos meses justamente... —pero sus palabras eran inseguras vacilantes.

—A otro perro con ese hueso, encanto. Slim Hackett soy yo. Y mi nombre no es tan corriente como el de John Brown o Jim Smith, por ejemplo. No creo que haya otro igual en esta parte de California. De modo que, ¿qué juego se traen entre manos usted y el doctor Warner?

Ella apretó los labios. La luz del *tablier* le daba en el bonito rostro y en sus rojos cabellos, muy sugestivamente. Los faros iluminaban la carretera. Nos cruzamos con algunos coches. No intentó llamar su atención. Ni yo la hubiera dejado. Había que actuar duro. Y yo sé muy bien ser duro, cuando las circunstancias lo exigen.

—No sé de qué me habla —dijo con infantil ingenuidad.

—Oh, claro. No sabe nada de nada. Me identificó ante la policía sin lugar a dudas, pero no sabe nada. Ahora dirá que no puede estar segura, que acaso se equivocó... Pero ahí quedó su declaración. Y la del doctor Balsam Warner, por supuesto. Vaya par de granujas desaprensivos que están hechos ustedes dos. Saben que nunca estuve en su establecimiento.

Ella giró la cabeza, comenzando a protestar débilmente:

—Escuche, Hackett, usted acaso olvide ahora que...

—¡Le dije que nunca estuve allí! —rugí con voz helada, pegando con el cañón del arma en su cuello y en su mentón, sin contemplaciones de ningún género—. Y usted lo sabe, Ivonne Deluc...

Ahora sí. Se mantuvo callada. Yo me incliné más sobre el asiento delantero. Y sobre ella.

—La estuve vigilando —dije—. Muy cerca de la clínica. Cuando abandonó el lugar, la seguí. Así nos hemos encontrado. Ya supondrá que no lo hice para que flirteáramos los dos, pese a sus innegables encantos físicos. Preciosa, quiero que diga la verdad. Toda la verdad. ¿Quién le pagó para soltar todas esas malditas mentiras?

—A mí solo me paga el doctor Warner. Y no es para mentir, sino para ayudar a los enfermos, señor Hackett —dijo fríamente, casi con arrogancia.

—Yo no soy su enfermo. No lo fui nunca. Ni me está ayudando, sino hundiéndome hasta el cuello —le aferré los rojos cabellos con una mano, sin separar el arma de su cuello, y ella gritó roncamente, aunque sin dejar de conducir, a marcha moderada, fija su vista en la carretera—. Si fuera realmente el asesino de Sue Galloway, es posible que también la matara a usted ahora. Pero soy inocente. Tan cierto es que no maté a esa rubia fulana, como que tampoco estuve en su clínica maldita durante el pasado verano. Pero huelga hablar de eso. Quiero que me conteste algo. Y pronto. Mi paciencia es muy corta, sobre todo ahora. ¿Le ordenó el doctor Warner mentir sobre mí, haciendo creer que fui su paciente?

Ella meditó, con sus manos al volante. La vi respirar hondo. Tragó saliva. Me miró por el retrovisor.

—Sí —confesó—. Yo... tuve que hacerlo. El doctor es mi jefe.

No podía desobedecer.

—Un médico no debe mentir. Ni una enfermera tampoco.

—Dijo que era... que era necesario —humedeció sus labios carnosos con la punta de su rosada lengua—. Que usted era culpable... y la ley necesitaba pruebas, al menos de momento, hasta que confesara. Era... un truco de acuerdo con la policía. Eso me dijo el doctor. Me pagó por ello. Dijo que era una recompensa del fiscal del distrito...

—Y usted lo creyó —dije, riendo entre dientes.

—Claro —me miró perpleja—. ¿Por qué había de dudar? El doctor nunca me engañó...

—Es posible. Pero esta vez lo hizo. Y gravemente. Alguien le pagó a él mucho para que fingiera todo eso. ¿Es suyo el dinero con el que costea las finanzas de tan lujosa clínica?

—Oh, no. Es de los Royle, naturalmente...

—Los Royle... Oí hablar antes de ese apellido —arrugué el ceño—. ¿Quiénes son?

—Los Royle de California. Los dueños de las Industrias Frigoríficas Royle. En realidad, todo se reduce a una persona: Mae Royle, la heredera única, y propietaria de la entidad comercial y de la fortuna de los Royle. No hay más familia; ella y su tutor, Irwin Sloane, el mejor abogado de California.

—Ya. Ahora recuerdo... —medité, mordiendo el labio inferior—. Brenda Brent... y Royle.

—¿Cómo decía usted?

—No, nada. ¿Dónde está establecida la firma Royle?

—Hay factorías en todas partes; Los Ángeles, San Diego, San Francisco, Sacramento... Pero la central está en Los Ángeles, por supuesto.

—Bueno, dejemos eso, preciosa —la miré, pensativo—. ¿Royle pudo pagar a su jefe para mentir en esto?

—Mae Royle y su empresa pueden pagar a quien sea y por lo que sea, pero dudo mucho que usted les preocupe a ellos —sacudió su pelirroja cabeza, dubitativa—. No, no creo que eso haya sucedido. Pero... ¿de verdad no es usted un... un criminal, Hackett?

—Claro que no —mascullé, furioso. Miré al exterior—. Me

gustaría poderlo probar, pero no puedo. Ni siquiera tengo dónde meterme ahora. Y por Dios que lo necesito...

En la distancia, hubo un ulular de sirenas. Las conocía. Policía. Estaban recorriendo las rutas. En busca de alguien. En busca mía. La caza estaba en todo su apogeo.

Ella me estudiaba por el retrovisor. Había acelerado algo la marcha. Además de tener unas piernas muy bonitas, mi posición elevada me permitía dominar su descote. Y valía la pena. De repente, Ivonne sonrió.

—Yo vivo sola —dijo—. Mi apartamento está en San Diego. No creo que le buscasen allí. ¿Qué decide?

La miré. Ella frenó ahora suavemente, manteniendo el coche a la mínima velocidad, pegado a la derecha de la ruta. Enfiló una larga recta y me miró, humedeciendo de nuevo sus labios. Sonreí. Podía ser una maldita embustera otra vez. Y entregarme a la policía. Pero tenía que confiar en alguien. Ella podía servir, al menos de momento.

—Está bien —acepté—. Vamos allá, preciosa...

Ella sonrió. Y aceleró. Vaya si aceleró.

* * *

Encendí un cigarrillo.

La alcoba estaba en penumbras. Afuera, San Diego era un ascua de luz y de letreros parpadeantes. De vez en cuando, de las carreteras marítimas, llegaban aullidos de sirenas. A mis espaldas, la sentí a ella. Me rodeó con sus brazos cálidos y desnudos.

—Slim... —musitó.

—¿Qué? —pregunté sin volverme.

—Slim, ha sido magnífico que vinieras... —la oí suspirar—. Me gustas...

—No venía muy confiado —dije—. No podía fiarme demasiado de ti, Ivonne.

—Claro —me besó el hombro, la espalda, el brazo. Luego pasó ante mí y buscó mis labios. Los encontró, desde luego.

Al apartarnos, me miraba ardientemente. Yo la estudié en silencio unos momentos. Se arrebujó en su liviana bata de nylon translúcido, que era como no llevar nada, sobre todo con la luz de

la ventana a su espalda.

—Sin embargo, algo me dijo que debía venir —continúe—. Creo que hice bien, Ivonne.

—Oí todo lo referente a ti en la televisión —señaló—. Ibas a casarte con una guapa chica de la buena sociedad. Salió su fotografía también. Beverly... Beverly Grenna, ¿no?

—Eso es —asentí. Apreté los labios—. Todo empezó para mí en el día señalado para la boda. Aún no he entendido bien todo lo que sucede. Es como un juego de locos. Pero yo no estoy chiflado, tú lo sabes.

—Desde luego —rio entre dientes, oprimiéndose contra mí con placer—. Eres lo menos parecido a un loco que pude encontrar. Y yo entiendo de eso, Slim. Pero tienes que hacer algo. Puedes quedarte aquí, claro, Tardarían meses en encontrarte, pero... ¿de qué serviría? Tú has de demostrar tu inocencia, volver con tu chica de buena familia, casarte... En fin, todo eso que te estropearon ahora.

—Ivonne, para eso necesitaría la verdad. ¿Dónde está la verdad? —la miré, perplejo—. ¿Qué significa un adivino que me lee un porvenir absurdo y un pasado ridículo... pero que todo se cumple al pie de la letra? ¿Qué significado puede tener un policía que me acusa, una mujerzuela pública que escribe sobre mí, sin haberme visto nunca, un vendedor de armas que jura haberme vendido el arma homicida...? Y luego, tu jefe, el doctor Warner, tú misma, Ivonne... y después una chica muerta cuando no pudo haber muerto, una chica que no es quien debería ser, unos amigos que no son mis amigos...

—Slim, eso es muy complicado. No lo entiendo, cariño...

—Cielos, si al menos lo entendiera yo —suspiré. Moví la cabeza, con desaliento—. La verdad solo puede estar en un sitio: tras de cada testimonio falso. Ya tengo el tuyo. Detrás de ti está el doctor Balsam Warner. ¿Quién está detrás de Warner? Si lo supiera, tal vez llegase al fondo del asunto.

—En suma —me miró con ojos profundos, cálidos—. Necesitas ayuda.

—Sí —musité desesperadamente.

—Ayuda mía.

—Pues... sí —creo que me estremecí. Las pupilas de ella brillaron en la penumbra—. Pero tú no puedes hacerlo.

—Claro que sí. Puedo sonsacarle algo al doctor. Hábilmente, claro.

—¿Por qué habrías de hacerlo? No me conoces. Soy tu enemigo...

—Eres el hombre que ha estado esta noche en mi casa —susurró ella, buscando otra vez mis labios—. Eso me basta, Slim...

Y por primera vez, empecé a confiar en alguien. En aquella enfermera que mintió, acusándome ante Everett. En aquella enfermera que, de repente, se ponía a mi lado. Sus motivos, eran tan viejos como el mundo. Por eso resultaban también tan sencillos. Y me alegré de ello.

La noche aún no había terminado. Y valía la pena que no terminase, junto a una mujer como Ivonne Deluc...

POSIBLEMENTE a estas horas, Ivonne estaría trabajando a mi favor, cerca del doctor Balsam Warner. Mientras canto, yo lo hacía por mi lado.

Y mi lado, ahora, estaba en San Diego también. Debía aprovechar mi estancia allí, no lejos del apartamento de Ivonne, cuyas llaves tenía, para ocultarme en él si las cosas se ponían realmente feas de nuevo.

Un tinte rubio en mis cabellos oscuros, unas gafas, una indumentaria diferente, y hasta unos postizos de cabello que me procuró Ivonne en un establecimiento de artículos teatrales y de disfraces, me alteraron notablemente la fisonomía. Cuando menos, lo justo para no ser identificado como el hombre cuya fotografía se publicaba en todos los diarios y había aparecido en los boletines de televisión de la noche antes.

Un bigote y unas patillas a base de pelo adherido artificialmente hicieron parte de ese pequeño milagro. Lo demás era cosa mía.

Adquirí un coche de alquiler con nombre supuesto, antes de buscar a un buen falsificador de documentos de identidad, me dediqué a buscar la pista de una mujer llamada Brenda Brent.

Una mujer con quien yo conviví dos meses en alta mar, a bordo de un yate. Y que murió oficialmente en tierra, a principios del segundo de esos meses. Pero que, pese a la coincidencia de nombre y de domicilio, no era mi compañera en el yate Tritón.

Hubiera deseado tener alguna fotografía de ella para procurar su identificación, pero no la tenía, y ese aspecto de la cuestión no ofrecía ya la menor posibilidad favorable para mí.

Volví al cementerio. Contemplé su lápida. Regresé a su vivienda, contemplé el bungalow que ahora pertenecía a otras

personas. Pero con todo eso no resolví nada. Decidí buscar algo más.

Solo había un lugar en el mundo donde hacerlo: las Industrias Frigoríficas Royle, en Los Ángeles. Pero tenían su factoría en San Diego. Y a ella me dirigí.

Me atendió cordialmente un funcionario de la firma, en la Sección de Empleados. Era un hombre afable, que no se mostró sorprendido por mis preguntas, cuando le dije que ya había sido un buen amigo de Brenda Brent, y que acababa de llegar de Extremo Oriente en un barco de pasaje.

—Lo lamento muy de veras, señor —me informó—. La señorita Brent fue muy desgraciada, usted lo sabe... Murió en un accidente de automóvil...

—Sí, lo sé. Me dijeron algo de ello, pero quise saber más detalles. Yo... yo pensaba llegar a ser su esposo, ¿comprende? Y ahora, esta noticia...

—Me hago cargo, señor —me mostró su dossier, con gesto de pesar—. Ella era una excelente empleada. Buen cargo, buen sueldo... Su coche era caro. Le gustaban los coches deportivos y como no tenía otros gastos, se permitía esos lujos: una buena casa, un coche de precio... Tuvo un choque desafortunado. Por cierto, contra uno de nuestros propios camiones frigoríficos, para mayor ironía, señor...

—Oh, ahora recuerdo —me di una palmada—. Mencionaron un coche frigorífico...

—Era de Royle Incorporated —me confirmó él—. Una coincidencia desafortunada. La pobre muchacha no sobrevivió al choque. Pero toda la culpa fue de ella, desde luego. Le gustaba ir demasiado deprisa. Estos jóvenes de ahora adoran la velocidad.

—Alguien me dijo que ella había estado fuera de San Diego ese verano, en un yate en alta mar... —sugerí, como algo que me hubiera informado alguna persona.

—¿Brenda Brent en un yate? —rio el hombre—. Cielos, no. Detestaba el mar. Prefería la tierra firme, la carretera, los motores. Nada de embarcaciones ni playas, ni nada así.

—Evidentemente, uno a veces desconoce tantas cosas de la mujer a quien ama...

Fue una salida airosa. Dejé la Royle Incorporated, Industrias Frigoríficas, volviendo al centro de San Diego tan confuso como antes. Brenda, desde luego, nunca fue la del yate. Pero entonces... ¿a qué mujer conocí yo con el nombre de Brenda Brent? Porque visto su *dossier* personal en la Compañía Royle, no había la menor duda al respecto: la muchacha muerta en la carretera era realmente Brenda Brent, del bungalow Tropic.

¿Era posible que la gran mentira que me envolvía ahora como una gigantesca tela de araña hubiera comenzado ya en el pasado verano, a bordo del yate Tritón?

Parecía ilógico... pero todo iba coincidiendo de modo implacable.

Cuando alcancé el apartamento de Ivonne, iba muy confiado en su seguridad momentánea, sobre todo al advertir que todo continuaba con normalidad en torno. Me equivoqué, y me di cuenta de ello demasiado tarde.

Justo cuando metí la llave en la cerradura, abrí y entré al apartamento en sombras. Acababa de girar el interruptor de la luz, junto a la puerta, cuando algo me golpeó en pleno cráneo.

Vi miríadas de luces, me derrumbé en un torbellino de colores que de repente se volvió negro como la tinta, y no supe más.

* * *

—Muy bien —elijo el doctor Balsam Warner, desde detrás de la pistola automática provista de silenciador—. Todo ha ido muy bien, Jeremy.

Jeremy no era yo, desde luego. Tardé unos segundos en comprender quién era. Cuando le vi esgrimir el arma, que en un principio creía que era el propio psiquiatra quien la empuñaba, supe que aquel tipo con cara de ratón y ojos de reptil era Jeremy.

Se estaba riendo. Me miró despectivo y se encogió de hombros.

—Bah —dijo—. No tiene ningún mérito. Es un aprendiz, doctor. Un novato.

Giré algo más la cabeza, aunque me dolía endemoniadamente. Entonces descubrí a Ivonne Deluc. Me contemplaba con ojos asustados, encogida en un rincón. Pensé que era una sucia faena la suya, pero en el acto vi sus señales de golpes en el rostro y cuello, e

incluso en el arranque de su agresivo seno. Tenía señales amoratadas, arañazos y magulladuras. Además, estaba amedrentada.

—Slim, no... —sollozó—. No lo hice. No te vendí... Fueron ellos, lo juro.

Reí entre dientes, tocándome la nuca. Retiré mis dedos manchados de sangre. La endiablada pistola no se separaba de mí un ápice. Y el tal Jeremy parecía disfrutar con la sola idea de tener un pretexto para dispararla.

—Te creo —musité—. Te creo, Ivonne. Pero, ¿te das cuenta ahora de lo que sufre uno cuando los demás no le creen?

Ella asintió. Jeremy soltó una cochina risa inmundada, y el doctor Warner me dirigió una mirada malévola.

—Está perdido, amigo —me dijo—. La policía estará aquí en cuanto la avisemos.

—¿No lo hizo aún? —arrugué el ceño, acurrucándome en el suelo, donde yacía sin que nadie me hubiera movido tras el golpe—. ¿A qué espera?

—A charlar con usted un poco... amistosamente —dijo el médico.

—Amistosamente... —miré a Jeremy con asco—. ¿Ese puerco también entra en la charla?

No debí decirlo. Pegó un puntapié a mi costado, y lo hizo con fuerza. Sentí como si los pulmones se vaciaran de aire, y vomité. Luego, tosió, boca abajo, y el cochino Jeremy me sacudió dos patadas en la espina dorsal, que hicieron saltar luces en mi cerebro.

—Ya basta —cortó el doctor, con acritud—. Jeremy, no le maltrates demasiado. Debe estar en buenas condiciones cuando lleguen los policías. Él no es asunto nuestro. Solo que antes de entregarlo, me interesan algunos puntos. Hay demasiado dinero en juego en todo esto, para dejarle ir así, sin más ni más.

Dinero...

La palabra me sonó tan hueca como me había sonado la profecía absurda de Drury Prentiss el día de mi boda... y que luego no resultó tan absurda. Tan vacío como todos los disparates que yo no lograba entender ni tanto así, en aquel *puzzle* para chiflados.

Dinero y yo. No compaginaban bien esos extremos. Yo soy

publicista. Lo he sido siempre. Especializado en cosmética y modas femeninas. Trato al sexo femenino, hago campañas publicitarias, elijo las bellezas de turno, dispongo el programa propagandístico. Pero de todo ese movimiento de miles de dólares, cobro un pequeño porcentaje, muy modesto. ¡Dinero! La clínica del doctor Warner valía mil veces más de cuanto yo pudiera ahorrar en toda mi vida.

—A usted le trastornaron sus enfermos —tosí, mirándole desde el suelo del apartamento de Ivonne—. Solo así se explica que hable de dinero. Yo no sé nada de todo eso.

—Iba a casarse con una chica rica, en San Francisco —rio el doctor—. Beverly Crenna, ¿no es cierto?

—Con una condición —avisé—. Que viviríamos de lo que yo gano, no del dinero paterno.

—Solo hablaba de eso de pasada, Hackett —dijo el psiquiatra, irónico—. Usted sabe bien a lo que yo me refiero.

—Yo no sé nada —mascullé. Y nunca fui más sincero que ahora—. Hace tiempo que nada sé de cuanto me rodea. Me muevo en un mundo de orates y de cosas que no entiendo.

—Pero en sus manos está la llave de una fortuna —sonrió Balsam Warner—. De una inmensa fortuna en dólares contantes y sonantes.

—Me temo que equivocó al hombre, doctor —le repliqué—. Yo no soy el tipo que usted cree. Esa clase de fortunas no están acordes conmigo. Tengo amigos y clientes ricos, eso es todo. Pero no manejo ni un solo dólar, salvo mi sueldo de publicista.

—Miente, y usted lo sabe. Tiene que saberlo, para haber intentado darme jaque, a base de la estúpida de mi enfermera. Ivonne. ¿Qué anda buscando aquí, Hackett? No crea que va a ganar fácilmente la partida. Ha evitado ir a la cárcel por bígamo, pero irá por asesino. Aún está a tiempo de que discutamos el asunto y lleguemos a un acuerdo amistoso. De otro modo, telefonaré a la policía. Y su suerte estará echada.

—¿Bígamo? —le miré, perplejo—. Solo faltaría que me dijera eso, doctor Warner: que yo estoy ya casado.

—Y lo está —afirmó él, rotundo.

Solté una carcajada. Me revolqué por el suelo, cuando la cortó

Jeremy, con una patada brutal a mis piernas, buscando algún punto débil en mi maltrecha anatomía. Le miré con ansias realmente homicidas. A él sí le hubiera matado a gusto. Pero tenía una «Luger» automática, con silenciador. Y estaba deseando volarme los sesos, el muy bastardo.

—Me disgusta su risa, Hackett —me dijo, plañidero, el tal Jeremy—. Ría otra vez y le quebraré todos los dientes, hijo de perra.

No le di ese gusto. Me limité a mirar al doctor Warner con ira mal contenida.

—Usted no va a volverme loco —le avisé—. Iba a casarme en San Francisco. Pero nunca se celebró la boda. Ni esa, ni ninguna otra. Nunca me he casado, doctor Warner, como nunca conocí a Sue Galloway, ni nunca maté a nadie.

—¿No, Hackett? —rio el médico—. ¿Y qué me dice de esto?

Me tiró algo a las manos. Lo recogí. Era una fotocopia, simplemente. Pero no ofrecía nada sospechoso que permitiera advertir un truco en ella. Sencillamente, era la fotocopia de un certificado de matrimonio, completamente legal, expedido ante un juez de paz del estado de California.

Miré las firmas, estupefacto.

Una, era la mía. Y estuve seguro de que no podía ser falsificada. Era mi letra. Yo había firmado aquel certificado de matrimonio, que me unía a alguna mujer, con el lazo matrimonial bien legalizado en todos los aspectos.

Miré la fecha de aquel documento, y la cabeza me dio vueltas.

Treinta de agosto de 1970.

Luego, traté de descifrar la firma de «mi esposa». Cuando lo hice, un sudor helado me cubrió el cuerpo, de pies a cabeza.

Se llamaba Mae. Mae Royle.

Y era la única heredera y propietaria en el mundo de las Industrias Frigoríficas Royle Incorporated.

* * *

Confiaban tanto en mi sorpresa, que descuidaron su vigilancia.

Y yo estaba ya de vuelta de todas las posibles o imposibles sorpresas de este mundo. Nadie me iba a sorprender ya, ni aun

apareciendo a bordo de una alfombra mágica, flotando en el espacio.

Aún esperaban mi reacción, mirándose con ironía entre sí Jeremy y el doctor Warner, cuando se me ocurrió tirar de la alfombra donde me hallaba tendido, con todas mis fuerzas puestas en el impulso.

El ratonil Jeremy se vino abajo lanzando un juramento soez, y su pistola silenciosa se disparó, con un seco taponazo que, además, quebró una vidriera del fondo, derribando un alud de fragmentos sobre el sorprendido doctor Warner.

Yo, sin dejarle reaccionar ni volver a recargar su arma, caí sobre él, con todas mis fuerzas que, aunque diezgadas por la paliza, eran suficientes aún, para un tipo como él.

Warner juró con ira, incorporándose para atacarme. Ivonne actuó en mi favor. Vi su figura vestida de blanco, abalanzarse sobre su jefe. Se enzarzaron ambos en una pugna desigual, pero que me permitió ganar tiempo. El suficiente, cuando menos.

Pegué a Jeremy dos rodillazos que le doblaron en tierra, con un aullido. Luego, alcancé su mano armada, se la retorcí hasta sentir el crujido de sus huesos, mientras le aporreaba con la otra mano los riñones inexorablemente. Cuando le oí toser, al borde del agotamiento, obtuve su arma, que sus dedos estirados perdieron. Sin vacilar, le pegué un seco impacto con el cañón que prolongaba el silenciador.

Le alcancé de lleno en el cuello. Se quedó de bruces, con un gemido, incapaz de moverse al menos en una hora. Me incorporé, rápido.

Ivonne perdía ya, inevitablemente, su lucha contra Warner. Las bellas piernas de la enfermera se agitaban en el aire, mientras ella se agitaba en el sofá, tras recibir algunos rudos golpes del psiquiatra. Este se revolvía ya hacia mí, buscando algo en sus bolsillos.

Se encontró con la «Luger» bajo su nariz. La amartillé secamente. Sonreí, feroz.

—Un movimiento, doctor, y habrá un psiquiatra menos en California, para el bien del sufrido pueblo americano —dije heladamente—. ¿Qué decide?

Me miró, alarmado. Temió que le hiciera añicos la cara y el

cráneo de un solo balazo a quemarropa.

—Sus argumentos... son persuasivos —jadeó—. Me rindo, Hackett.

—Eso está mejor. ¿Va a contarme ahora esa nueva fantasía del certificado de matrimonio, a nombre mío y de Mae Royle, la mujer más rica de California, doctor Warner?

—No es ninguna fantasía. Usted tiene que saberlo. Mae Royle es su esposa legal.

—¡Miente! —rugí.

—No, no —jadeó, lívido—. Yo sé que es su esposo... Ella... ella misma me pagó para que usted... usted fuera acusado por la policía del asesinato de una fulana en San Francisco...

Sabía cuanto podía saber de momento, fuese verdad o mentira. Warner parecía sincero. Y yo tenía prisa por hacer cosas, ahora que sabía algo más en aquel puro disparate que era mi nueva vida.

Le pegué un culatazo con ganas, y le vi dando tumbos, posiblemente con la mandíbula rota, y el conocimiento más perdido que su honestidad profesional. Me volví a la pelirroja Ivonne.

—Lo siento, preciosa —dije, acudiendo a ayudarla—. De no ser por ti, todo hubiera ido mucho peor. Pero ahora debo irme.

—Slim, llévame contigo —suplicó la enfermera.

—Diablos, ¿adonde? —mascullé—. Tu trabajo está con él, en su clínica... Yo no puedo ofrecerte nada, salvo huir de todo el mundo...

—Me gustaría huir, si es a tu lado —dijo Ivonne, pegándose a mí. Me miró con sus enormes ojos verde claros, casi azules—. Además, el doctor me despedirá sin dudarlo, si no me entrega a la policía, Slim. Descubrió mi juego en cuanto le sonsaqué... y me hizo confesar a golpes.

—Sí, ya lo imaginé así... Ivonne, no sé si ese certificado está falseado por algún oscuro motivo, pero no conozco a Mae Royle, jamás la vi antes de ahora. No puede ser mi mujer, ¿lo entiendes?

—No, Slim... Ellos... están seguros de que sois marido y mujer...

Sacudí la cabeza. Era para volverse loco. Miré a los caídos. Luego, a Ivonne.

—Bueno, no entiendo nada. Pero supongo que Mae Royle está

en San Francisco, en la central de sus empresas. Allí está también el principio de todo... y acaso el final. Pero aquí hay algunas cosas sueltas de mucha importancia. Por ejemplo, los Harris.

—Los Harris... Me dijiste anoche... que ellos fingieron no conocerte...

—Es lo cierto. Yo, entonces, escapé. ¿Sabes por qué, entre otras cosas?

—No. ¿Por qué te lo jugaste todo a esa carta?

—En primer lugar, porque nadie me cree. Solo yo puedo intentar demostrar mi inocencia si ello es humanamente posible. En segundo lugar... porque vi algo en la blusa de la señora Harris: un alfiler con un lagarto de oro, con dos ojos de esmeralda. Esa joya, Ivonne... era propiedad de Brenda Brent, la Brenda que yo conocí a bordo del Tritón por entonces, ¿comprendes?

—Sí... Eso te hizo ver que todo era cierto, que ellos mentían y te hacían pasar por un loco o un farsante... —asintió Ivonne, con un brillo excitado en sus bellos ojos.

—Exacto —la tomé vivamente por un brazo—. Vamos, Ivonne. Nos largamos de aquí. Espero que podamos llegar a San Francisco. Pero antes trataremos de ver a los Harris en Newport Beach, si aún es tiempo... Esos dos cerdos se quedarán aquí, y que avisen a la policía si lo desean...

* * *

Fuimos, efectivamente, a Newport Beach. Pero el yate Tritón había abandonado pocas horas antes el Club Náutico de Santa Ana. Su destino era Los Ángeles. Y después, San Francisco.

Estuve seguro de que San Francisco sería el lugar donde podría encontrarlos. Y allá me dirigí con Ivonne, dando un rodeo por el interior, en diversos coches de alquiler, y bajo nombre supuesto.

Antes de abandonar San Diego, sin embargo, Ivonne me prestó otro gran servicio. En tanto que yo repostaba gasolina en una estación de la carretera interior hacia San Bernardino, ella se encaminó a una hemeroteca popular pública, allí cercana. Cuando regresó, se sentó a mi lado, en el asiento, con un suspiro de complacencia. Arranqué a buena marcha, por el caluroso sendero, bajo un sol ardiente.

—¿Y bien? —indagué—. ¿Qué fuiste a buscar allí, Ivonne?

Ella sonrió, hundiendo la mano entre sus pechos agresivos. Cuando reapareció, llevaba consigo una hoja de periódico. Era una página en color, de algún suplemento dominical.

—Toma —me dijo—. Es una buena fotografía de una mujer hermosa, joven e inmensamente rica; tu «esposa», Mae Royle...

Desplegué ante mí la fotografía en color. Tuve que dar un violento frenazo al coche, para no hundirme con él en una zanja de artemisa, tierra reseca y chumberas.

—¡Dios mío! —gemí—. ¡Es ella...! La mujer a quien conocí en el yate, con el nombre de Brenda Brent...

MIRÉ la puerta de la casa. Leí el nombre en el buzón:

COLIN NORTH JUEZ DE PAZ

Cambié una mirada con Ivonne. La enfermera oprimió mi mano instintivamente.

—¿Es él? —musitó.

—Sí —afirmé—. Es el nombre que figura en el certificado de matrimonio.

—¿No recuerdas nada de esto? —ella me señaló la valla, el jardincillo, la casa rústica, sencilla y pulcra.

—Cielos, no —rezongué—. No recuerdo nada. No soy un amnésico, Ivonne.

—Lo parece —me sonrió ella, algo irónica.

—No sé lo que parezco, pero esto es peor que la amnesia. Sé que nunca estuve aquí ni conocí a ningún juez North. Debe formar parte de la farsa. Pero quiero ver hasta dónde me lleva todo eso. Entremos, Ivonne.

—Creerán que somos unos novios...

—Que crean lo que quieran —me expresé abruptamente—. No vamos a casarnos, Ivonne. Entre otras cosas, porque tengo una novia esperando en San Francisco... y parece ser que otra esposa a la que ya di mi nombre.

Llamé a la puerta y esperé. A mi lado, Ivonne, sin soltar mi mano, sin comentar nada.

Cuando se abrió la entrada, nos encontramos con una dama de cabellos canoso, rostro rugoso, apacible y benigno, vestida de negro y gris, con ribetes de encajes.

—Buenos días, señora —saludé—. Buscamos al juez North. Es urgente.

Ella nos miró, perpleja, vacilante. Sus ojos parecieron acongojados.

—Lo siento, queridos —dijo, casi maternal—. ¿Es que no lo saben?

—¿Saber? ¿Qué? —indagué, inquieto.

—Lo de mi esposo, el juez Colin North... —sus ojos se humedecieron de repente—. Él... él murió en un accidente, hace ya varios meses... Le atropelló un camión frigorífico en la carretera... Murió en el acto. Fue uno de esos enormes transportes frigoríficos de la Royle Incorporated... No pueden casarles aquí, hijos... Yo les diré adonde ir...

Otra vez ellos.

Royle Incorporated. Camiones frigoríficos. Muerte en la carretera...

Muerte.

—Accidente mortal. ¿O... asesinato?

—¿Asesinato? —la infortunada señora North sacudió con energía su cabeza canosa—. No, cielos, no creo... Jesús, pensar que el pobre Colin... No, no. Fue accidente, señor.

Hubiera querido estar tan seguro como ella, pero eso no me era posible. Mi mente era un hervidero de ideas en plena ebullición. Me limité a pasear por su antiguo despacho del juez de paz, que tampoco me traía recuerdo alguno.

—Existe un certificado de boda en cuya legitimidad no creo —le espeté rotundo—. De cualquier modo, acaso alguien engañó a su esposo, que de buena fe admitió ese engaño. Luego, pudo sospechar algo, o ellos temieron que adivinara la verdad... y lo eliminaron brutalmente.

—Dios mío, sería terrible... —casi estaba a punto de llorar—. Colin nunca se metió en nada. Era un hombre bueno...

—Los cementerios están llenos de hombres buenos que sabían demasiado. El criminal, señora, siempre se deshace de quien le estorba, sin mirar si es bueno o no. Imaginemos que hubiera ocurrido realmente así. ¿A quién hubiera informado el juez de cualquier anomalía, de algo raro que observase en un matrimonio o

en un hecho parecido?

—Solamente a mí, señor. O a su ayudante...

—¿Ayudante? ¿Quién es?

—Su pasante, Cliff Daly. Estudia Derecho y es un hombre eficiente. Se fue a San Francisco, cuando el pobre Colin murió, ya no tenía trabajo por hacer.

—Cliff Daly... ¿Y fue a San Francisco? ¿A qué?

—Iba a casarse, a poner una pequeña oficina, una agencia de esas que se dedican a tramitar documentos. Una gestoría, ¿entiende?

—Sí, entiendo. Supongo que podría encontrarle en San Francisco, señora.

—Bueno, él no dejó dirección. Pero iba a vivir con su novia. Ellos iban a casarse pronto, ¿sabe? Muchos jóvenes de hoy hacen eso de la convivencia matrimonial. No es que yo lo apruebe, pero allá ellos... La chica tenía un apartamento en la ciudad. Puedo darle sus señas. Las tengo aquí...

—Sí, démelas, por favor —pedí, esperanzado, aunque no con exceso.

Ella fue a un mueble archivador. Buscó algo en una gaveta. Volvió con una tarjeta. Estaba impresa a nombre de Cliff Daly, pasante del juez de paz Colin North. Se había tachado una dirección local. Y figuraba otra, debajo, escrita con tinta. Con un nombre:

SUE GALLOWAY
APARTAMENTOS SUNSET, 122-B
NOB HILL, SAN FRANCISCO

Creo que di un salto en mi asiento.

Sue Galloway. La mujer a quien yo había asesinado, según el teniente Everett...

* * *

—Las cosas empiezan a tomar forma, Ivonne.

—¿Tú crees? —dudó ella—. Yo cada vez lo entiendo menos...

—No es que yo lo comprenda, pero... en algún sitio está la clave

de este maldito juego diabólico. Y ese lugar es, con muchas probabilidades, el propio San Francisco.

—¿Sue Galloway? ¿Cliff Daly? ¿Tu esposa, Mae Royle, ahora Mae Hackett?

—No bromees con eso —me irrité, conduciendo por el angosto camino vecinal, entre granjas y tierras de labranza, lejos de las sendas frecuentadas en exceso, donde la policía andaría a la caza de Slim Hackett desesperadamente—. Todo ello está relacionado de algún modo. Y tu jefe, el doctor Warner. Y los Harris, y el adivino Prentiss, y tantas cosas más... Todo depende de dar con la clave que lo despeje todo.

—Slim... —me dijo de repente—. Volver a San Francisco puede ser peligroso... para ti.

—Sí —convine, moviendo la cabeza de arriba abajo—. Lo es, seguro.

—Entonces, ¿por qué vamos?

—No hay otro remedio. Es preciso.

—¿A todo riesgo, Slim?

—A todo riesgo.

Seguí conduciendo en silencio. El calor era agobiante. Muy distinto al frescor en la cubierta del Tritón, el año pasado. Nadando y riendo junto a Brenda Brent... No, junto a Mae Royle, la millonaria. Ahora lo sabía.

Si alguna cosa no esperaba el teniente Everett, era precisamente que yo volviera a San Francisco. Los accesos a la ciudad no estaban controlados ni vigilados. Nadie se imagina a un ratón volviendo a la ratonera a sabiendas.

Entrar en la ciudad no constituyó, pues, problema alguno. Ivonne y yo estuvimos muy pronto en medio del denso tráfico callejero de San Francisco. Justamente donde mayor era el peligro para un hombre llamado Slim Hackett. A pesar de mi tinte, mis gafas oscuras y mis postizos.

—¿Adónde nos dirigimos? —indagó Ivonne.

—Conozco algunas casas por apartamentos, que los alquilan sin hacer demasiadas preguntas. Un hotel sería demasiado peligroso. A estas horas, es seguro que el doctor Warner habrá ya denunciado mi fuga... y la tuya. El teniente Everett acaso nos busque a ambos

muy pronto.

—Tendré que teñirme también el cabello —suspiró ella.

—Me temo que sí —afirmé—. Tu pelirrojo es demasiado llamativo e inconfundible, Ivonne. ¿Por qué te has metido en esto conmigo?

—No sé —me miró, muy fija—. Tal vez porque me gustas, Slim Hackett. ¿Es una buena razón?

—No —me encogí de hombros—. Pero no importa. Todos estamos haciendo locuras. Una más, no cuenta ya demasiado.

Dejamos el coche de alquiler en un garaje, al que no pensábamos volver por el momento, y alquilamos otro, tres manzanas más abajo. Con él me encaminé hacia Russian Hill. En pleno barrio bohemio de Prisco, encontramos un edificio que arrendaba apartamentos. Conseguir uno, a nombre del matrimonio Kruger, fingiendo yo bastante bien el acento alemán, no fue difícil ni arriesgado. Hay mucha gente en San Francisco que alquila o vende sin hacer preguntas.

Ivonne se tiñó el cabello de un negro intenso que le restó encanto, pero que disimuló muy bien su aspecto físico, ante una más que probable descripción de la policía. Adquirió en una tienda ropas oscuras, muy sobrias, y pareció otra, en cuanto sus bonitas piernas y su agresivo busto no fueron tan visibles.

—Esperemos que todo esto engañe a alguien —suspiré, mirando por la ventana a la ciudad de las colinas, con sus calles empinadas y sus abigarradas panorámicas de edificios contra el fondo de la bahía. El calor seguía siendo húmedo y pegajoso.

—¿Nos quedaremos mucho tiempo aquí dentro, Slim? —me preguntó Ivonne, empezando a desvestirse con mucha lentitud frente al espejo de un armario ropero.

—Solo hasta que llegue la noche, cariño —respondí, pensativo, bajando las cortinas—. Es más seguro deambular de noche por la ciudad, en busca de algo... o de alguien.

—Faltan aún unas horas para oscurecer —suspiró ella, terminando de quitarse su blusa, con lo que apareció su espléndida, voluptuosa silueta, solo con dos piececillas como las de un bañador raquítrico. Se acercó, sonriente, a mí—. Estas horas pueden ser muy largas, Slim, o... muy cortas.

Fueron muy cortas.

* * *

—Ya es hora —dije, aplastando el cigarrillo encendido en el cenicero. Y la penumbra pareció más intensa en la habitación, al faltar la brasa que se agitaba en la oscuridad.

Me incorporé. Ivonne se despezó como un gato somnoliento. Mientras me afeitaba, aplicando luego los postizos a mis patillas y bigote, oí el rumor del agua de la ducha, cayendo sobre sus espaldas desnudas con un ruido casi rítmico.

—Todo a punto —dijo ella, cuando yo me ponía la americana. Y la vi, vestida de oscuro, con unas feas gafas redondas, de cristales color caramelo, frente a mí. Recordándola unos momentos antes, dibujado su cuerpo por las sábanas, resultaba difícil imaginar que fuesen una misma persona. Ojalá todo el mundo fuese tan fácil de convencer como yo.

—Vamos —dije, escueto, tomando la «Luger» silenciada de Jeremy, puesto que el revólver «Colt» de Everett me lo habían quitado él y el doctor Warner, allá en San Diego—. Hay cosas por hacer.

—¿Cuál será la primera, Slim?

—Encontrar a una mujer llamada Mae Royle, con la que parece que estoy casado.

—Eso será cosa sencilla —pestañeó ella—. Es muy famosa en toda California...

Pero no fue tan fácil. Ni mucho menos.

Tras la undécima intentona, empecé a sentirme cansado. Las oficinas Royle, las factorías Royle, el club deportivo al que ella pertenecía, el Club Náutico...

En todas partes la misma respuesta:

—Lo lamentamos mucho. La señorita Royle no está. Ella nunca tiene fecha fija para venir. Acaso mañana... No, no sabemos su actual paradero. Es difícil localizarla.

Por último, fuimos a parar a una de las mejores residencias de Nob Hill, entre amplios jardines. Era la propiedad de Royle, privada. La vivienda de Mae Royle. La directora y propietaria de una enorme empresa. Una de las más ricas mujeres de California.

Era la última esperanza...

Pronto la perdimos, sin embargo. En cuanto el mayordomo nos informó, escueto, frío y ceremonioso, en la puerta de la amplia verja.

—Lo lamento, señor. La señorita Royle está ausente de San Francisco. Volverá, posiblemente, a fines de semana, pero no es seguro. De cualquier modo, no recibe visitas en casa. Buenas noches, señor...

Regresamos hacia el coche. Sacudí la cabeza, pensativo. Estaba contrariado.

—Parece difícil de localizar la dama —dije con ira—. ¿Dónde diablos estará?

Un automóvil apareció por la esquina inmediata. Se detuvo tras el nuestro. Era un lujoso «Cadillac» último modelo. Apagó los faros. De él descendió un hombre alto, enjuto, canoso y de tez bronceada. Vestía impecablemente de claro y llevaba un bastón con empuñadura de plata. Se quedó mirándonos como intrigado.

—¿Vienen ustedes de la residencia Royle? —indagó bruscamente.

Asentí, receloso. No me fiaba de nadie. Y menos en mi actual situación.

—Vinimos a ver a la señorita Royle —dije—. Ella no está en casa.

—Lo imaginaba —suspiró—. Mae rara vez está en casa... Perdón. No me presenté aún. Soy Irwin Sloane, el tutor de la señorita Mae Royle. ¿Pueden decirme si soy capaz de hacer algo por ustedes, en ausencia de mi tutelada?

Irwin Sloane. Había oído hablar de él. Y mucho. El mejor abogado de San Francisco. Ser tutor de una mujer rica como Mae tenía su importancia. Pero evocándola en el yate Tritón, ella me parecía mayor de edad. Lo suficiente para no tener tutelas.

—Me temo que no, señor —suspiré—. Veníamos de parte de un amigo suyo, para hablar con ella privadamente. No tiene razón de ser hablar nada, no estando ella.

—Comprendo. Asunto personal, ¿no? —los ojos de Irwin eran pequeños, negros y agudos. Nos escudriñaban con un interés evidente. E inquietante también.

—Pues, sí, bastante personal —convine—. Mi esposa y yo queríamos hablar solamente con la señorita Royle, y con nadie más. Disculpe nuestra reserva.

—Claro. Están disculpados. Yo solo tutelo a la señorita Mae Royle, por encargo paterno, en las cuestiones de su fortuna y negocios, no me mezclo en sus cosas personales.

—Creíamos que la señorita Royle era ya mayor de edad...

—Y lo es —sonrió—. Pero hay una cláusula esencial en su herencia. Exige mi presencia a su lado, como administrador y controlador de sus bienes y negocios, hasta los treinta años, que es la edad idónea que consideraba el difunto señor Royle en una mujer para poder llevar con ciertas garantías un negocio y una fortuna de tal envergadura.

—Sí, entiendo —asentí—. Supongo que también por eso la señorita Royle sigue soltera, ¿no?

—Bueno, eso es asunto personal de ella —rio Irwin Sloane—. No puedo prohibirle el matrimonio. Es más, si se casa, puede ser asesorada a medias por su esposo y por mí. No, no es esa clase de tutela la mía, señor... ¿me dijo su nombre?

—Kramer —dije, sonriendo—. Frank Kramer. Mi esposa Ingrid...

—Es un placer, señora y señor Kramer —se inclinó, cortés—. Si desean algo de mí...

—No, nada, gracias —rechacé—. Ha sido también un placer para nosotros conocerle, señor Sloane.

Subimos al coche. Nos alejamos de allí, mientras él entraba en la suntuosa mansión de los Royle. Ivonne me contempló, tal vez intrigada por mi gesto de preocupación.

—¿Ocurre algo malo, Slim? —quiso saber.

—Todavía no lo sé —confesé abiertamente—. Pero ese Sloane no es tonto. Juraría que sabe algo.

—¿Sobre nosotros?

—Y sobre la boda de Mae Royle. Ese certificado de matrimonio no es falso, tú lo sabes. Estaba la copia en casa del juez de paz, aunque la señora North no recordaba las circunstancias ni me recordaba a mí. No sé cómo diablos lo hicieron, pero legalizaron la boda de Mae conmigo, y esas firmas son las auténticas. Ante la ley,

pues, yo puedo proclamarme ahora esposo de Mae Royle, y, por tanto, con derecho sobre su fortuna.

—¿Irwin sabrá algo de eso?

—Me temo que sí. En cuyo caso, sospechará quién soy yo.

—Eso puede ser muy peligroso...

—Mucho —asentí—. Cambiaremos de apartamento y de nombre ahora mismo. Luego buscaremos a otra persona por San Francisco.

—¿A quién?

—A Cliff Daly, el antiguo pasante y auxiliar del juez Colin North. El hombre que se vino a vivir a casa de su novia, Sue Galloway, la mujerzuela a quien se dice que yo maté.

—Pero si ha sido tan difícil pretender hallar a Mae Royle, será casi imposible dar con un hombre llamado Cliff Daly, en una ciudad como San Francisco...

Asentí, pensando que así sería.

Sin embargo, ella y yo nos equivocamos.

Resultó más sencillo de lo previsible encontrar a Cliff Daly. Una vez nos cambiamos de apartamento y de nombre, pasando ahora por ser un matrimonio irlandés llamado O'Hara, en otro edificio, ahora de un barrio populoso situado al pie de Twin Peaks, empezó la búsqueda nocturna de Cliff Daly.

Lo primero que se me ocurrió mirar fue el último ejemplar de la guía telefónica de San Francisco, aunque sin esperanza ninguna de encontrar nada allí.

Me sorprendió dar con ello. Estaba situada la oficina en las proximidades de Barket. Figuraba allí como «Gestoría Daly. Director: Cliff Daly».

Estuvimos pronto en el edificio de oficinas donde se hallaba la gestoría. Naturalmente, el lugar estaba cerrado a tales horas, pero el telefonista del edificio tenía las señas del señor Daly, para casos urgentes. Y yo te dije que lo mío lo era, y mucho.

Con su dirección, en la zona industrial de The Mission, cruzamos medio San Francisco en automóvil, para llegar a la poco concurrida calle donde Cliff Daly tenía su alojamiento. Estaba resultando todo tan sencillo, que me sentía maravillado de ello.

—¿Esperas sacar algo en limpio de ese tipo? —dudó Ivonne.

—No lo sé aún —confesé—. Pero tiene que haber algo en todo

esto, siendo él la persona que vino a vivir con Sue Galloway... o yo ando muy descaminado, Ivonne.

La casa era un viejo edificio de apartamentos de alquiler. Encontré el nombre de Daly en la tercera planta, apartamento B. No tenía conserje ni tampoco sistema automático para abrir y cerrar la puerta. El alquiler debía de ser muy módico, y los apartamentos viejos y sin comodidades.

Nos detuvimos ante la puerta B de la planta tercera. Leí el nombre.

—Cliff Daly —miré a Ivonne—. Vamos a ver lo que resulta...

Llamé al timbre. Uno, dos, hasta tres veces espaciadas. No respondieron. Cambiamos una mirada.

—Es seguro que no está —dijo Ivonne—. O no quiere abrir. Es lo malo de buscar a la gente por la noche.

—No podemos hacer otra cosa, Ivonne. Las circunstancias mandan —dije escuetamente—. Esperemos a que venga, si no se retiró aún a dormir. Si madruga para abrir su gestoría, no puede tardar mucho.

—Eh, Slim, ¿qué haces? —musitó ella, alarmada, cuando me vio sacar del bolsillo un alambre del que me había provisto antes de salir de nuestro nuevo apartamento.

Sonreí, curvando el delgado alambre e introduciéndolo en la cerradura.

—Mi condena no será mucho mayor por allanamiento de morada —dije.

La puerta quedó abierta en pocos instantes. Era una vieja cerradura, fácil de accionar. Ivonne se mostró recelosa al entrar, pero la convencí al meterme yo en el piso. No se quiso quedar sola eh el corredor y me siguió.

Cerré la puerta. Di la luz. Como me figuraba, era un viejo apartamento bastante sucio y descuidado. De paredes húmedas, techo alto, aire destartalado, y luces macilentas. Daly no había hecho aún mucha fortuna en San Francisco, era evidente.

—Vamos —invité—. Ahí dentro debe de haber un gabinete o *living*.

Lo había. Dimos con la salita. Encendí la luz. Allí estaba también Cliff Daly en persona.

Estaba sentado ante un televisor apagado. Solo que estaba muerto.

Alguien le había aplastado la cabeza a golpes.

ERA CLIFF Daly, realmente.

Su documento de identificación coincidía. Además, llevaba un anillo de oro con las iniciales C. D.

Ivonne no parecía demasiado impresionada. Era enfermera y, sin duda, había visto cosas así, aunque era difícil que las hubiera visto peores. El feo aspecto de un cráneo hundido a golpes, no es fácil de superar. Había sangre, partículas de hueso, de cabello y de masa encefálica por todo el sofá. Tenía por completo hundido el occipital. A sus pies yacía una estatua japonesa, de bronce. Tenía el pie completamente enrojecido y lleno de cabellos rubios pajizos de la cabeza de Daly.

—Asesinado... —dije en voz alta, tras el examen de aquella escena increíble.

—Dios mío, Slim —pese a todo, Ivonne estaba pálida, aunque serena—. ¿Qué significa esto?

—Significa que estamos en el buen camino. Solo que alguien va más deprisa que nosotros y se adelantó otra vez. Primero fue con el juez North, hace meses. Ese camión de la Royle Incorporated le arrolló intencionadamente. Daly debía de saberlo. Eso, y muchas otras cosas. Se vino aquí, con Sue Galloway, una *call-girl* vulgar, a quien conocería en algún sitio poco recomendable. Creo que Sue era una chantajista. Un tipo como Daly sería una buena ayuda, husmeando en certificados de boda, en asuntos legales y todo eso... Posiblemente ese era el negocio real de Sue y de Daly. Pero los chantajistas, a veces, van demasiado lejos. Asesinaron a Sue. Y lo asesinaron a él. Se llevaron su secreto a la tumba, Ivonne. Nunca sabremos muchas cosas de este asunto, es evidente.

—Slim, debemos irnos cuanto antes —susurró Ivonne—. Si nos sorprenden aquí...

—Dirán que yo maté a Daly —suspiré—. Y más, cuando sepan que era el amiguito de Sue. Hay alguien que está jugando muy bien sus cartas desde la sombra, Ivonne. Me gustaría saber para qué...

Recorrí la casa, pese a las protestas de la preocupada Ivonne. Encontré una cámara fotográfica, una ampliadora, una serie de elementos para trucar fotografías y una asquerosa colección de negativos trucados, en los que Sue aparecía con hombres conocidos de la sociedad de San Francisco. Algunos eran legítimos, tomados con cámaras ocultas, en el lugar de los hechos. Pero muchos eran un hábil y perfecto trucaje de fotografías diversas. No me sorprendí. Yo conocía ya ese procedimiento por propia experiencia. Fue una de las pruebas esgrimidas contra mí por el teniente Everett.

Naturalmente, seguía sin entender por qué Sue Galloway escribió mi nombre y me acusó a mí de amenazar su vida, no conociéndome de nada. Pero después de saber lo del doctor Warner y lo de Harris, cualquier cosa podía admitirse. El dinero puede obligar a la gente a jurar que lo negro es blanco.

Tal vez ella, cuando escribió esa carta, ignoraba que con ella se sentenciaba a muerte, ya que sería el pretexto para después acuchillarla hasta morir. El desdichado Daly tampoco fue muy listo en aquel negocio.

Había terminado su corta carrera de gestor en San Francisco. Y de un modo bastante feo.

—Vamos —dije al fin, tras tomar una serie de fotocopias de documentos de una gaveta de la mesilla del difunto—. Ahora sí que está quemando todo esto. Y pronto va a arder.

Abandonamos el lugar. No me sentí aliviado hasta tener el coche en marcha, bastante lejos de The Mission y de la vieja casa de apartamentos donde yacía el cadáver de Cliff Daly.

—Y van tres asesinatos —dije sordamente—. El juez North, Sue Galloway, Daly...

—Y todo, ¿por qué? —musitó Ivonne, ensombrecido su rostro.

—No lo sé —dije apretando los labios—. De momento, solo sé que impidieron mi boda y me presentaron a mí como culpable ante la policía. Pero eso no puede ser un motivo. Yo no soy nadie, no signifíco nada...

—Sin embargo, eres el centro de todo esto —Ivonne me miró,

perpleja—. ¿No tendrá la culpa ese certificado de matrimonio cuya copia poseía el doctor Warner?

—Tal vez —admití. Miré a Ivonne—. Pero... ¿quién?

—Si pudiera responderte a eso... —suspiró la enfermera.

Conduje en silencio hacia Market. A mí también me hubiera gustado tener una respuesta válida, pero era imposible obtenerla por el momento.

—De todos modos, aún queda alguien a quien debo ver esta noche en San Francisco —dije.

—¿Quién?

—Un hombre llamado Drury Prentiss, adivino de profesión.

* * *

El espectáculo estaba terminando.

No era un teatro importante, pero Drury Prentiss era la «estrella» de la noche, con su show de adivinación del porvenir y sorprendentes revelaciones sobre los espectadores que se prestaban, fascinados, a su rara habilidad en el juego escénico.

Dejé a Prentiss en escena, enfrentado al público, ganándose el aplauso de este con sus efectos dramáticos, sobre la gente y me deslicé cautelosamente entre bastidores, buscando el acceso a los camerinos.

No había sido difícil entrar, con aquel gran ramo de flores para el señor Prentiss. Me dejaron llegar hasta el escenario y el resto era cosa mía. El conserje de la puerta del escenario se entretenía otra vez, bostezando y leyendo un comic de Superarán.

Encontré la puerta del camerino. Sobre una estrella de cartón dorado, figuraba el nombre escrito: Drury Prentiss.

Empujé la puerta, entrando al camerino, angosto y caluroso. Un cerco de bombillas mate, blanqueadas, brillaba en torno al espejo oval del tocador. Maquillajes, postizos y ropas efectistas aparecían por doquier. En las paredes, recortes de periódicos y fotografías, todo con Prentiss como centro de atracción.

Aguardé, fríamente, pegado al biombo. Afuera, sonaban aplausos. Zumbó el telón al caer y se oyó música en la platea. Los acordes finales de la orquesta. Fin del espectáculo.

Drury Prentiss abrió la puerta de súbito. Entró, con un suspiro

de fatiga, tirando a un lado su amplia capa, que me hizo recordar a Drácula. Su leonino rostro teutón se enfrentó con el espejo... y conmigo.

—¡Usted! —jadeó. Y bajo el maquillaje vi su repentina lividez. Se revolvió, apoyándose en el tocador, con la mirada dilatada, fija en mi rostro, ahora directamente—. ¿Qué... qué hace aquí?

—Veo que es tan buen fisionomista como adivino —dije fríamente—. No le engañé con mi tinte y todo esto, ¿verdad?

—¿Qué está haciendo en mi camerino? —insistió, alterado—. Avisaré a la policía...

—Hágalo —sonreí con frialdad. Alcé la mano, armada con la «Luger» silenciosa—. ¿A qué espera? Vamos, empiece a gritar.

—De modo que era cierto... Es usted un asesino. Vino a matarme... —jadeó.

—Usted lo dijo. Yo maté a alguien. Yo no me casaría ese día. Mi futuro estaría lleno de sangre, miedo, angustia... y muerte. Es un gran nigromante, Prentiss. Lo acertó todo. Absolutamente todo. Le felicito.

—No... no tenía por qué hacerlo. No ha venido a felicitarme, lo sé...

—No, no vine a felicitarle —dije con frialdad—. Vine a saber la verdad...

—¿La... verdad? —tembló.

—Usted es un adivino. Un gran adivino. No puede escapársele la verdad. Dígamela enseguida. ¿Quién mató a Sue Galloway? ¿Y al juez Colin North? ¿Y a Cliff Daly? ¿Y tal vez, a Brenda Brent? ¿Quién fue, Prentiss?

—Dios mío... —estaba lívido, desencajado. Desorbitaba sus ojos con terror, y ahora parecía un Beethoven enloquecido y obsesivo—. No sé de qué me habla... Yo no sé nada... No puedo adivinar... esas cosas.

—Pero adivinó mi pasado, mi presente y mi futuro. Muy fielmente, por cierto —me volví hacia él, asestándole el largo cañón con silenciador contra el torso—. ¡Vamos, Prentiss, maldito charlatán de feria, farsante del diablo! ¡No creo una palabra de sus trucos! ¡Nadie adivinaría todas esas cosas, si no fuese... porque las sabe ya de antemano!

—No, no... No dispare... —gimoteó—. Yo... yo soy un actor, un artista... Debo hacer lo que me piden... cuando me pagan bien...

—Cuando le pagan bien —me detuve ominoso—. Y esta vez le pagaron también, ¿es cierto? Le pagaron por leerme el pasado, el presente... y el porvenir. Por decirme que yo había matado a alguien, ¿no es verdad?

—Sí, sí... —gimió—. Eso hicieron. Me... me pagaron muy bien... Era todo una broma, parte de una representación. Ella... ella me dijo que lo hiciera así. Cobré una buena suma, y no tenía gran trascendencia gastarle una broma en esa fecha y...

—¿Ella? —puntualicé—. ¿Ha dicho usted... ella?

—Sí, sí. La dama...

—¿Qué dama? —le apremié, violento, metiéndole el cañón con silenciador en la barriga, sin la menor contemplación. Mi rostro transpiraba sudor y debía de tener una fea expresión, porque me miraba aterrorizado, trémulo. Ahora era él quien tenía miedo, no yo—. ¡Vamos, suelte eso! ¿A qué dama se refiere?

—Ella... su amiga... La señorita Royle.

—¿Royle? ¿Mae Royle? —casi grité roncamente.

—Sí, así se llamaba... Solo sé que era la señorita Royle... Me dio mil dólares... Nunca cobré tanto dinero por una representación tan fácil. Lo hice bien... ¿verdad, Hackett?

—Maldito cerdo, lo hizo demasiado bien. Pero no era una broma pesada. Era más. Mucho más. Era... el primer paso en una carrera alucinante dispuesta para mí, y en mi honor... Escuche esto, Prentiss. ¿Está usted dispuesto a jurar ante la ley que la señorita Royle le pagó por acusarme de un asesinato, antes de que la policía diese con el cuerpo de Sue Galloway?

—Sí, sí... —balbució aturdido, amedrentado—. Haré lo que sea... No dispare, por Dios...

—No quiero que luego se vuelva atrás por más dinero. Si lo hace, le mataré...

—Cielos, no. No deseo más dinero. Ni más bromas. Iré con usted a la policía, adonde sea. Yo diré la verdad.

—¿Identificará a la que le pagó por hacer esa maldita farsa?

—Claro. Lo juro, Hackett...

—Bien. Ahora vamos a salir de aquí. Derechos a ver al teniente

Everett. Usted le dirá toda la verdad. Verá ahora una fotografía de Mae Royle para que esté más seguro de ello. Luego, repetirá cuanto me dijo... En caso contrario, ¡le mataré! Sin la menor vacilación, puede creerme. Y si es usted tan adivino como dice, deberá adivinar que el porvenir es bastante feo, si actúa de otro modo. Una bala terminará con su vida, si no coopera y me ayuda a esclarecer este rompecabezas infernal.

Asintió, frenético. Sin soltar el arma, saqué con mi mano zurda el retrato en color del bolsillo. La fotografía de magazine que Ivonne me facilitó de Mae Royle, mi presunta esposa.

La mostré a Prentiss. Le apremié, agitando la «Luger» con energía.

—Vamos, vamos, hable de una vez. Era ella, ¿verdad?

Iba a hablar, mirando cuidadosamente la fotografía. Después de esto, me lo llevaría conmigo ante Everett. Y este tendría que escucharle, tendría que ordenar la busca y captura de Mae Royle, por mucho dinero que ella tuviera. Si ella estaba detrás de todo lo ocurrido, debía pagar por ello, fuera quien fuese.

De súbito, se cumplió. Como si el adivino, en vez de Prentiss, lo fuese ahora yo. Lo acababa de pronosticar; le dije a Drury Prentiss que moriría de un balazo si no cooperaba.

Así murió. Ante mis propios ojos. Pero cuando pretendía cooperar.

De momento, no entendí bien lo que sucedía. Solo vi oscilar a Prentiss, con un gesto petrificado. Entonces recordé haber captado como un taponazo a mi espalda. Vi un boquete negro y horrible, abriéndose en su rostro, bañándole en sangre oscura y densa su faz leonina, bajo la crespada melena.

Lo último que vi de él fue su expresión terriblemente aturdida, el brillo de sus ojos vidriosos, desorbitados, fijos en mí, en la fotografía en color... Sacudió su cabeza de un lado a otro, mientras su corpachón se desplomaba, arrastrando consigo una silla, el biombo y los maquillajes situados sobre el tocador del camerino.

Cuando tocó el suelo, a mis pies, dando una voltereta, que le dejó boca arriba, estaba muerto.

Giré la cabeza, horrorizado, buscando el origen del disparo. Vi la ventana enrejada, asomada a unas azoteas inmediatas, la noche oscura, con parpadeos indirectos de lejanos anuncios luminosos. Y

percibí unos pasos que huían por alguna parte allá afuera...

Justo cuando corría hacia aquella ventana, se abrió de golpe la puerta del camerino. Sonó un escalofriante grito de mujer.

—¡Slim...! ¡Dios mío, le has matado...!

Me volví, con horror sin límite. Ya no solo pude contemplar el cadáver sangrante de Drury Prentiss... sino a ella en el umbral. Mirándome despavorida.

—¡Beverly! —aullé—. ¡Beverly, tú...! ¿Qué haces aquí?

Mi prometida me contempló, sin atinar a decir una sola palabra.

* * *

Su grito atraía ya a la gente. No podía hacer nada allí. Nada, salvo dejarme cazar junto a un hombre muerto de un tiro. Y yo empuñaba una pistola en ese momento.

Disparé dos veces, revolviéndome contra la ventana enrejada. Salté su cerradura y tiré del postigo enrejado, saltando a la azotea, en la oscuridad.

—¡Lo siento, Beverly! —grité, saliendo al exterior—. ¡No puedo explicarte nada, pero soy inocente de esto también!

La dejé allí, con el hombre asesinado. Corrí en pos de aquellas pisadas que captara antes. Las azoteas eran amplias y oscuras. Se podía pasar fácilmente de unas a otras. Si yo lo hacía, el asesino también lo hizo tan fácilmente como yo.

Necesité casi tres minutos de jadeante carrera, para darme cuenta de que había perdido todo rastro y estaba malgastando en vano mis energías y mi tiempo.

Descendí por una escalera de incendios, alcanzando un callejón, desde el que me fue fácil volver a la parte posterior del teatro. Dentro, el revuelo debía de ser terrible.

Ivonne, en la calle, oculta en una zona oscura, me miró con tremenda angustia, tomando mi brazo con mano temblorosa. Estaba algo pálida.

—Slim, temí lo peor... He oído ahí dentro gritos, carreras... Dicen que un hombre ha muerto de un disparo... La policía está al llegar...

—Sí, sé todo esto —asentí, tomándola del brazo y alejándome con ella rápidamente—. Prentiss fue la víctima.

—Dios mío... ¿El adivino a quien tú...?

—Sí. El adivino a quien yo fui a ver —asentí, sombrío—. Fallé de nuevo, Ivonne.

—Slim, ¿otra vez se adelantaron?

—No. Esta vez llegué yo antes. Pero por poco. Prentiss había hablado algo. No pudo decirme más. Tampoco pudo ir a la policía con lo que sabía.

—Pero, al menos, sabrás tú algo más...

—Poco más. Y cada vez más desconcertado. Si Mae Royle se casó conmigo, de alguna manera que aún no lo entiendo... ¿qué diablos busca? Ella pagó a Prentiss para mentir y falsear su pronóstico.

—¿Qué? —se sorprendió Ivonne, abriendo mucho sus bonitos ojos claros.

—Así fue. Ella pagó a Prentiss. Ella parece empeñada en enloquecerme. Pero, ¿por qué, Ivonne? Si ella pagó a Warner para mentir, si pagó a Prentiss con igual motivo, si también falseó su nombre, hizo matar a Brenda Brent, luego a Sue Galloway y a los demás... ¿qué sentido tiene todo eso?

—Tal vez busque... deshacer ese inoportuno matrimonio contigo. Deshaciéndose de ti, a la vez —reflexionó Ivonne—. ¿No has oído decir que si un cónyuge enloquece o es culpable de asesinato, el matrimonio se disuelve, a voluntad del otro cónyuge?

—Es ridículo —mascullé—. Ni siquiera supe nunca que yo... pudiera tener un certificado de matrimonio con Mae Royle... Si acaso, alguien lo falsearía, y ella lucha por sus medios para anularlo, pero, ¿por qué no venir, hablar conmigo y resolverlo todo amistosamente?

—Mae Royle puede ser una mujer cruel y perversa, llena de soberbia. O puede creer que tú la tratas de hacer víctima de un chantaje, y lucha con sus poderosos medios.

—No, no puede ser —rechacé—. Si Mae Royle es la muchacha del Tritón, no puede ser así. Y sin embargo, es seguro que también ella convenció a los Harris para mentir contra mí. ¡Oh, Dios, es para enloquecer!

—Cálmate —me confortó, mientras pasaba su mano fría por mi frente sudorosa y febril, al tiempo que yo conducía, de regreso a

nuestro apartamento actual—. Debes serenarte, ver las cosas con frialdad... Ocurre algo siniestro, Slim. Tenemos que luchar juntos para aclararlo, ya que todas las otras mujeres te han fallado: Mae Royle, tu prometida de San Francisco...

—Oh, Beverly —dije, reduciendo la marcha, con brusco sobresalto. Miré a Ivonne—. Acabo de verla.

—¿Qué? ¿A quién, Slim?

—A Beverly, a mi novia. Estaba en el teatro.

—Es casual... ¿Qué hacía allí?

—No sé. Entraba a ver a Prentiss cuando... cuando alguien disparó, matándole. Yo empuñaba el arma. Pensó que era yo, me miró con horror...

—¿Le dijiste algo?

—No, no pude. Tuve que huir, al tiempo que trataba de dar caza al asesino. Fracagé en eso. Pero me intriga Beverly. Ella en el teatro, a visitar a Prentiss...

—Olvidalo —sonrió Ivonne, apoyando su cabeza en mi hombro—. Olvida ahora a todas las mujeres, Slim. Me tienes a mí, cuando menos...

—Sí —suspiré—. Te tengo a ti. Eres la única que me ayuda en esta pesadilla. Beverly perdió su fe en mí... y Mae Royle desea destruirme, como se destruye a una mariposa para disecarla: clavándome contra la madera, como a un insecto de su colección.

—Deja de pensar, Slim; deja de sufrir, de preocuparte... Ahora debemos descansar hasta mañana.

—Mañana... —me estremecí—. Cielos, San Francisco entero será mañana un avispero de policías, a la busca y captura de Slim Hackett.

—Mientras no den con nuestro escondrijo... —susurró Ivonne, estremeciéndose también, muy pegada a mí.

* * *

Eran las ocho y media de la mañana, de una mañana repentinamente nublada y plomiza, cargada de viscosa humedad, cuando me incorporé del lecho, hartado de intentar dormir diez minutos seguidos, sin conseguirlo.

Ivonne, más agotada posiblemente que yo, o acaso menos

nerviosa, descansaba profundamente. La dejé allí y encendí un cigarrillo, paseando como un tigre enjaulado por el gabinete.

Contemplé el teléfono repetidas veces. Al final, me decidí. Descolgué el aparato. Y marqué un número.

Esperé. Sonó una voz al otro extremo del hilo.

—¿Quién es, por favor? Residencia de los señores Crenna...

—Llame a la señorita Beverly, por favor. Es urgente. De un amigo suyo.

—Espere. La señorita Beverly está en el baño. Veré si puede ponerse.

Se puso. Enseguida reconocí su voz, allá lejos:

—Beverly Crenna. ¿Quién llama?

—Beverly... —musité—. Soy yo.

—Slim... —su voz sonó como un jadeo ronco—. Slim, no...

—Beverly, tienes que escucharme —hablé con la boca pegada al aparato telefónico—. No espero que me creas. Pero esto es un complot terrible. Escucha, desde que salí con Everett de San Francisco...

Le relaté brevemente, sin dejarla hablar siquiera para interrumpirme, los sucesos más importantes de aquellos días, hasta terminar con la muerte violenta de Prentiss en el camerino del teatro.

Al final, hubo una pausa, un profundo silencio en el teléfono.

—Slim, ¿esperas que te crea? —musitó al fin.

—No, en absoluto. Ya te lo dije. Pero tenía que decírtelo todo.

—¿Por qué, Slim?

—No sé. Sucede algo horrible, siniestro. Todo va contra mí. Tiene que haber una razón, Beverly.

—No puedo ayudarte. Te persigue la policía, eres un fugitivo... Te van culpando de más y más asesinatos...

—Todo es falso. Pero no puedo probarlo. Si alguien tuviera fe en mí...

—Slim, si realmente estás casado ya con esa mujer, tienes que saberlo. Esas cosas no se ignoran.

—No sé, Beverly. Cuando... cuando abandonamos el barco, me embriagué. Ahora que lo recuerdo, fue una extraña embriaguez. Yo nunca me he emborrachado, y meros como aquel día. Perdí el

conocimiento. Brenda... bueno, Mae Royle, me ayudó. Eso dijo ella. Tal vez... tal vez me llevó inconsciente, me casó sin yo saberlo, bajo el efecto de alguna droga...

—Pero, ¿por qué? Nunca te dijo ella nada, ¿verdad?

—No, nunca. Ni ella ni nadie. Solo empezó a suceder todo cuando anunciamos ya nuestra boda oficialmente.

—Y ahora, de repente, ella planea destruirte. ¿Eso tiene sentido?

—Ninguno. Pero es lo que está ocurriendo... Beverly, esa mujer, Mae Royle, no sé lo que está haciendo, pero sea lo que sea, terminará conmigo.

Hubo un silencio otra vez. Un profundo, helado silencio. Luego, la voz de Beverly me llegó extraña:

—Slim, ¿estás seguro de que es ella la que quiere perjudicarte?

—¿Quién, si no? Lo dijo Prentiss, lo dijo el doctor Warner...

—Slim, esta noche fui a ver a Prentiss precisamente para aclarar lo de la extraña broma de nuestra recepción de bodas... Antes, ya había hablado con el teniente Everett. Slim, yo ya sabía lo de tu boda con Mae Royle.

—¿Qué? —exclamé.

—Y el teniente también lo sabe. Estuve hoy en el Departamento de Homicidios, escuchando ciertas cosas que me refirió Everett. Una de ellas es que hallaron tu certificado de boda. Entre otras propiedades de Mae Royle.

—¿Dónde?

—Sobre su cadáver —me anunció, calmosa, Beverly.

—Sobre... ¿qué? —aullé.

—Su cadáver, Slim —me dijo ella ahogadamente—. El de Mae Royle.

* * *

—No... no puede... estar muerta... —gemí.

—Eso es. Está muerta. La asesinaron también.

—¡Dios mío, no!

—¿Te das cuenta, Slim? Asesinada... Y tú eres su esposo. Ahora su viudo. El cadáver de Mae apareció en la bahía. Pudo ser perfectamente identificado... Slim, tú... tú eres ahora el único

dueño legal de su fortuna, de sus industrias, de todos sus bienes.

—No, no... ¡No puede ser! —gemí, lívido.

—Aunque no lo quieras, Slim, lo eres. Para la policía, eso significa que tú... mataste también a Mae, para pasar a ser el dueño de Royle Incorporated. Y de su gran fortuna.

—Pero... ¡pero soy inocente!

—Yo te creo, Slim. Yo te creo, porque no puedo imaginarte convertido en un auténtico monstruo sanguinario. Pero Everett no puede creerte. La policía no puede creer una sola palabra de todo eso... Para ellos, solo tú puedes ser culpable del asesinato de Mae Royle, estrangulada por manos de hombre, hace apenas cinco días...

—Dios mío, ella fue la primera en morir...

—Por lo que se ve, salvo ese juez y la chica, Brenda Brent... sí. De modo que ella no fue quien pagó a Warner, a Prentiss y a los Harris para mentir...

—La señora Harris llevaba... un alfiler de oro de Mae...

—Tal vez sean algo más que gente pagada. Pueden ser cómplices, Slim... —me sugirió la voz lejana de Beverly—. Después de todo, aunque la policía no lo crea, hay otras personas que se beneficiarán con la muerte de Mae Royle, si tú eres condenado a muerte o eres internado en una clínica psiquiátrica, como demente homicida. O muerto acribillado a tiros por la policía, claro. Ese sería el crimen perfecto. Tu final, Slim.

—Sí, sé de alguien... —recordé de repente—. ¡Irwin Sloane, el tutor!

—Es uno de los beneficiados. Pero no el mayor. Los Royle apenas si son familia ya. Solo quedaba ella, Mae. Lo leí en el atestado de Everett. Mae y su prima.

—¿Una prima?

—Una muchacha que residía en el Canadá. Su prima Ivonne. Es su heredera universal, si tú mueres o eres internado, Slim.

—Ivonne... —dije yo, con un respingo—. Ivonne Royle.

—Cuelga ese teléfono, querido —dijo la voz de la dulce y pelirroja Ivonne, mi compañera de peripecias, desde la puerta del dormitorio—. Cuélgalo, amorcito... o te volaré la cabeza ahí mismo, y tu querida Beverly podrá escuchar el impacto de la bala

en tu cabeza.

Me volví, soltando el teléfono como si quemara.

Allí estaba Ivonne. Deliciosamente seductora, deliciosamente semidesnuda. Pero con un arma en la mano. Una automática pavonada, con silenciador.

Ya no era la Ivonne complaciente y sensual de antes. No era la enfermera Ivonne Deluc, mi compañera.

Ahora era otra Ivonne. Supe quién. Ivonne Royle, la prima de Mae. La heredera universal de una fortuna fabulosa... si yo moría antes.

Y, sobre todo, no tuve ninguna duda ahora.

Iba a matarme.

La muerte asomaba a sus bellos, candorosos ojos claros...

FINAL... Y PRINCIPIO

ASÍ había sucedido todo.

La gran mentira. La farsa alucinante. El círculo se cerraba. Y ahora, todo o casi todo tenía sentido.

Mae había sido siempre inteligente. Muy inteligente. Tenía miedo de algo o de alguien. Acaso de todos. Y me embriagó, me drogó... y se casó conmigo en secreto, aprovechando mi aturdimiento bajo la acción de la droga. Así me convirtió en su esposo, sin yo saberlo.

Era su arma. El arma ideal para protegerse de la codicia ajena, de la ambición de un tutor posiblemente frío y despiadado... o de una prima cruel y malvada como Ivonne. Ivonne. La asesina. La culpable de todo.

Ahora estaba claro. Siempre se anticipaban a mis pasos. Ivonne. Ella avisaba, ella se anticipaba personalmente, como en el teatro. O enviaba a alguien. Warner, acaso Jeremy... Todo una farsa. Todo un buen complot, minucioso, complicado, increíble. Obra de una mente retorcida y lúcida.

Luego, soborno, coacción, mentiras, complicidades. El dinero todo lo podía. Los Harris, desaprensivos compinches. Warner, posiblemente también. Otros, víctimas del juego diabólico... Y ahora, yo.

Yo, como final. La mariposa prendida con el alfiler.

—Lo siento, Slim —me dijo—. Me gustaba estar a tu lado. Comprendo que Mae sintiera algo por ti. Y que esa Beverly esté intentando ayudarte. Yo lo haría gustosa... si no fuera la primera interesada en aniquilarte.

—Lo hiciste todo tú... —jadeé.

—Casi todo —sonrió—. Warner hacía el resto.

—Y los Harris...

—Oh, esos están en quiebra... Pura fachada su yate y lo demás. Les dimos dinero. Y colaboraron. La gente siempre tiene su precio, Slim.

—Ivonne, es monstruoso...

—Pero es práctico. Mae inventó un truco para burlarnos a todos. Yo la burlé a ella, y su truco se le volvió en contra. Muy ingenioso, ¿no, Slim?

—Mucho. Brenda Brent... ¿también?

—No, Brenda Brent murió accidentalmente —sonrió Ivonne—. Una coincidencia. Los demás, sí. Warner, Jeremy o yo, utilizábamos camiones de la Royle para actuar. Así todo caía sobre Mae. Ella murió antes que los otros, salvo el juez, a quien liquidó Warner, cuando estábamos preparando el plan.

—Mae nunca me dijo...

—Mae solo utilizaba ese documento como salvaguarda propia. Un plan ingenioso, pero que se le volvió en contra. Lo siento, Slim. Ya hablamos demasiado. Adiós, cariño.

—Si aparezco muerto de un disparo, te acusarán a ti.

—No —rio ella—. La pistola quedará en tu mano. Tiraré a la sien. Será suicidio. El fugitivo no pudo resistir más. Y terminó su escapada. Adiós, amor.

Iba a disparar. Justamente ahora.

* * *

Los disparos se llevaron jirones de carne, huesos y todo. La sangre salpicó violentamente la pared.

Pero solo era el brazo. El brazo derecho, acribillado a balazos. Ella juró, tratando de revolverse, de huir, ya sin arma en sus dedos. Me arrojé sobre ella.

No tuve dudas. Ivonne, la falsa enfermera, la prima de Mae Royle, la asesina, cayó bajo un seco golpe de mi puño. Sin piedad, pegué en su mentón, abatiéndola. Jadeando, volví a la puerta del apartamento.

—Aquí, Hackett —dijo la voz del teniente Everett, desde la ventana.

Me volví. Por la ventana abierta, iban entrando, uno a uno. Everett y tres policías más. Sus armas humeaban, tras herir a

Ivonne, y salvar así mi vida.

—¿Cómo pudo suceder esto? —gemí.

—Su llamada telefónica, Slim. Nuestros coches-patrulla tenían interceptada la línea de Beverly Crenna, para darle caza si llamaba. Localizamos la llamada, su origen, pero por el camino fuimos escuchando su relato. Empecé a verle sentido a la cosa. Y cuando llegamos, sigilosamente, pudimos asistir al desenlace. Su amiguita Ivonne habló lo justo. Está usted salvado ya, Hackett.

—Ahora sabe que no maté a nadie...

—Sí, ahora lo sé. Y sé algo más, Hackett. Beverly estará esperándole angustiada. Vaya para allá. Ella trató de ayudarle cuanto pudo en estos días. Yo la llamé para calmarla. Vamos, Hackett, no pierda el tiempo.

—Sí, ya voy —reflexioné—. Ya voy, teniente. Y gracias...

Y partí apresuradamente, en busca de Beverly. En busca de mi auténtica vida futura. Sin sombras de muerte ni de sangre. Sin presagios funestos.

Y sin fortuna. No deseaba nada de los Royle. No deseaba nada de nadie, salvo lo mío.

Y a Beverly, claro.

Pero ella, casi era ya mía.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICÍACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España